Diálogo de las Germinaciones y otros cuentos



Alfonso Hernández

Alfonso Hernández nació en San Vicente en 1948. Durante los años 1967-70, empezó su trayectoria artística con el grupo literario La Masacuata (de San Vicente) que contó entre sus integrantes a: Rigoberto Góngora, Roberto Monterrosa, Mauricio Marquina y Eduardo Sancho. Estudió sociología en la Universidad de El Salvador, pero dejó su carrera debido a las exigencias del crecimiento de los movimientos populares. Entre los años 1976-79 desempeñó una labor dinamizadora con el Frente de Acción Popular Unificada-FAPU y con las organizaciones sindicales FENASTRAS y STICES. Alfonso Hernández cayó en las faldas del volcán de San Salvador en un enfrentamiento contra la Policía de Hacienda en 1988.

La obra literaria de Alfonso Hernández incluye: "Poemas", "Del Hombre al Corazón del Mundo", "Cartas a Irene", "País Memoria de Muerte", "Poesía en Armas", "La Cruzada de los Niños" y una novela "Vamos a la Vuelta del Toro Torojil". Mucho de este trabajo queda inédito o las ediciones se han agotado desde hace años. En "Esta es la hora" se encuentra una buena selección de su poesía. El presente libro "Diálogo de las Germinaciones y otros cuentos" recolecta muchos de sus cuentos: algunos ficciones, otros testimoniales, pero todos con un carácter de rescate de la vida cotidiana y popular de El Salvador.

Diálogo de las Germinaciones
y otros cuentos

Diálogo de las Germinaciones y otros cuentos

por

Alfonso Hernández

Editorial Sombrero Azul
El Salvador, C.A.

Primera Edición 1988 (mimeógrafo) hecha por Ediciones CODICES en Managua, Nicaragua
Segunda Edición 1994 (corregida) con nuevo prólogo hecha por Editorial Sombrero Azul
Impresión de 1,000 copias, Julio de 1994
Impreso en El Salvador, C.A. por la imprenta La Ydea

Hecho el depósito de Ley

Portada por Alvaro Sermeño
Diseño y levantado de texto por Editorial Sombrero Azul

Editorial Sombrero Azul es un proyecto de la Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura—ASTAC

Editorial Sombrero Azul
Apartado Postal 659
Centro de Gobierno
San Salvador, El Salvador, C.A.

Humor, tragedia y heroísmo en la vida y obra literaria de un poeta guerrillero

por Alfonso Velis

Rugía en la montaña
la ciudad su guarida
temblaban los sabuesos
era el león, era Alfonso
cuando iba en batida...
—Paul Fortis

Hoy en día, El Salvador está formando parte de este concierto histórico del mundo en cuanto a voces de heroísmo, tragedias y esperanzas. Una de ellas es la del poeta Alfonso Hernández, escritor símbolo de la revolución salvadoreña y latinoamericana. Ejemplo del intelectual, del militante revolucionario que ofreció su vida por nuestro pueblo en su justa guerra de liberación nacional. Alfonso Hernández, militó en organizaciones estudiantiles desde su temprana edad, fue reportero de periódicos y revistas literarias, así como vocero de guerra. Estudió sociología en la Universidad de El Salvador, carrera que no culminó, porque se tituló en la lucha como un poeta guerrillero hasta dar la vida por su pueblo. Es decir, abandonó el academicismo, para tomar el fusil para conformar su trinchera de subversión por la justicia y para integrarse con alma y corazón a la

lucha por la liberación de nuestro pueblo. Hizo de sus narraciones y poesía un arma de la revolución para servicio de las reivindicaciones del proletariado. Poesía "tirabalas" contra los enemigos que explotan, masacran, reprimen y niegan la democracia como sagrado derecho de los pueblos civilizados e hizo del Materialismo Histórico, Dialéctico y de las ideas marxistas un método de trabajo en su quehacer literario y revolucionario.

Me partió el alma y la vida cuando supe la noticia de su muerte, es más ni creía, siempre me imaginaba que el hermano, aparecería buscándome de un momento a otro, como siempre lo hacíamos de estar siempre juntos, en familia. Su amistad venía desde nuestra relación con la poesía, por ello cuando el hermano poeta cayó, me sentí morir. Y dentro de los círculos intelectuales nacionales y latinoamericanos su muerte causó gran consternación. Siempre compartimos nuestras vidas en unidad y confianza de nuestras esposas e hijos, entonces éramos "Los Tres Alfonsos" junto al otro Alfonso Quijada Urías, así nos llamaban nuestras mujeres, la Julita, Emmy y Celia, quienes también entre ellas compartían tareas revolucionarias, gozo alegría amistad y algunas veces en medio de la angustia, la psicosis dentro de la represión del medio que se vivía. Alfonso es el poeta y amigo que hoy siempre será recordado, como uno de esos tantos otros héroes y mártires del pueblo, personajes legendarios de la historia nacional. Verdadero cuadro revolucionario, modelo de militancia que vivió con pasión y disciplina esa experiencia. Quizás pocos como él, para entregarse a tales tareas y sacrificios, como la de ofrendar hasta su vida misma. Su militancia tuvo esa concatenación ideológica dentro de la verdadera práctica revolucionaria

y que influyó hasta para reflejar su misma temática dentro del quehacer de su creatividad literaria. Poeta y escritor que así como tenía huevos, coraje hasta para darse verga con el enemigo, era también un modelo de humildad, ética y nobleza como hermano.

Alfonso tenía un gran sentido del humor un tanto exagerado, por ende también a la par de esa seriedad y claridad revolucionaria que lo caracterizaba como dirigente. Pienso que tenía mucho, de esos personajes a la manera de un Rabelais o un picaresco Quevediano y donde estaban inmersos esa ironía y el sarcasmo de un poeta como Marcial, un Cátulo y con la picaresca amorosa de un Juan Tenorio y de un Arcipreste de Hita. Cuando nos juntábamos, teníamos el humor en medio de la seriedad del trabajo intelectual y político por las tareas de las cuales le ayudaba grandemente, pero lo cierto que había tiempo hasta para burlarnos de nosotros mismos; ya dije que él tenía esa maravilla agradable ante el humor y a la par esa sana picardía de cipote jodión; a veces desde cierta ingenuidad y fantasía sobretodo cuando nos contábamos las aventuras de infancia para luego pasar como por encanto a cierta lucidez por arte de magia en nuestros espíritus.

Había en nosotros una especie de locura constante "locura con método" nos martilleaba Alfonso Quijada. Pero no olvidemos, que también Alfonso, tenía esa valiente manera de guerrear por el pueblo con el heroísmo y la obra que hoy lo hace vivir.

Parece que lo estoy viendo, lo tengo presente en nuestras bohemias, con una de esas grandes carcajadas de cantinas y tabernas medievales abriendo su bocota de bagre, pues era tan bueno para tragar cerveza, un "barril sin fondo" decía el Pichón Cea. Tan bueno para comer, y yo que no me quedaba atrás, como cuando nos

comimos cierta vez un cusuco horneado y en piña solo de boca, preparado por Emmy mi mujer para un veinticuatro, entonces Quijada Urías así tan parco de palabras, con el silencio de un iglesia, pero que de pronto reaccionaba en una risotada manuda para llamarnos "Gargantua y Pantagruel" quienes junto a los talagüashtazos no nos llenábamos "ni con los aldabones del infierno" como decía el dicho en boca del poeta. La verdad, quien conozca de sus narraciones gozará de las risotadas, entre las grandes comilonas de gallo en chicha, ron y chaparro que nos conseguía Beto Zetino el "Patarisca" de mi pueblo en Apaneca. Sin olvidar las grandes tertulias y lecturas que nos intercambiábamos sobre poesía y revolución... Prácticamente era él, quien me dirigía en las lecturas, cuando algunas veces, Quijada Urías y Roberto Cea. Por ello, dentro de sus anécdotas, me leía sus relatos, poemas y en seguida yo le leía mis ensayos y poemas, luego me los hacía pedazos, así me daba otros libros para conocer a poetas del mundo y los nuestros, es decir las mismas lecturas de Alfonso eran las mías. Alfonso tenía esa forma muy suya para bromear e inventar grandes mentiras y de la verdad hacía un ficción mágica dentro de su vida y práctica revolucionaria. Como cuando me contaba, que con pistolas de palo, jugaban a la guerrilla imaginándose al enemigo asesino. Como cuando me contaba, que a veces no iba a la escuela, porque prefería quedarse con su espejito sobre las tejas para vigiar a escondidas, la desnudez en pelota a la Chismuya, la Changandaya, la Culodioro o la Quiebracanutos del barrio San Juan de Dios, una mujerona de nalgas esplendorosas que se creía la Greta Garbo del barrio del pueblo.

Así también, se enroló en su infancia en la pandilla con personajes como: Chepe Chimbolo, Chacalín, Chico Ejote, Chepón, Paquito Avión y Cutacha. En cuanto a sus narraciones, él mismo se personifica en sus propios relatos y poemas, por ello usualmente narrados en primera y segunda persona. Cuentan de su infancia, la pandilla del barrio, sus bohemias, sus amores, tertulias, juventud compartida, la vida mundana y revolucionaria; son muy amenos, nos hacen reír de repente, uno goza con ellos, tienen bastante suspenso, sobretodo cuando cuenta de la lucha clandestina y acciones revolucionarias, la soledad, el dolor, el amigo caído en el combate, sus seres queridos, la esperanza del triunfo, cuenta de personajes que tienen que ver con la historia del pueblo dentro de la lucha armada, donde hace gala de un excelente estilo de lenguaje lírico y prosa poética. En eso se parece mucha a Roque Dalton en algunos aspectos estéticos de su obra, en la manera de rescatar el lenguaje urbano, los apodos, las comidas, sus tradiciones, es decir manifiesta la vida del personaje popular con cierto sentido folklorista, pienso que en eso tiene un tanto parecido al maestro Salarrué, a quien Alfonso admiraba mucho. Yo diría que entre la obra de Salarrué y Roque Dalton en relación a la obra de Alfonso Hernández, como lo dije en cierta ocasión a unos estudiantes de letras interesados en la obra del hermano, relatos y poemas que responden a ese seguimiento de nuestra tradición histórica, con el humanismo por contribuir a transformar esta realidad en otra más hermosa; aún cuando algunas veces se entrelazan, elementos culturales, formas lingüísticas, no sólo desde el lenguaje urbano, rural y coloquial, dentro de una tradición también de lucha, por rescatar nuestra identidad cultural como reflejo social de

nuestra historia nacional. Pienso, que para ir sintetizando, las presentes palabras, acerca de sus relatos o narraciones, que en vez de presentación se volvió cronología, más aspectos sobre su vida y hablar más a fondo sobre sus características estético/literarias, en cuanto a estilo y contenido de las mismas; eso será sobre un estudio más serio de toda su obra en general. Por hoy creo que es más importante dejar testimonio de su persona, con su natural manera de ser. Hay un afán de parte mía, de narrar todos los pormenores de su vida en un libro cuyos apuntes están inéditos en medio de otros ensayos y poemas; luego recordar muchos pasajes de su vida, su militancia revolucionaria, su clandestinidad, su accionar político donde también están concentradas sus vivencias familiares y el amor por la revolución con entera pasión. Porque Alfonso Hernández, dedicó toda su vida a la revolución y desde muy joven adquirió el compromiso con ella y se dedicó junto con otros compañeros de lucha a preparar las bases de la misma, tanto en sindicatos de obreros y campesinos como en las organizaciones estudiantiles. Trabajó con ahinco al proceso organizativo del Frente de Acción Popular Unificada (FAPU), y entonces tuvo contacto de coordinación con los sindicatos de la clase obrera, como FENASTRAS (Federación Nacional de los Trabajadores Salvadoreños) y STICES (Sindicato de los Trabajadores de la Industria y la Construcción de El Salvador) allá por los años de 1976-1979. Por esos días siempre compartiendo también el amor intenso por la poesía, de ahí que sus relatos y su poesía, están escritos en base a esa experiencia revolucionaria, en momentos de represión muy difíciles en que no se le garantiza la vida a nadie, por cualquier sospecha te secuestran, te desaparecen, te asesinan y tanto ejército como

escuadrones de la muerte andan como sabuesos en busca de subversivos "terroristas", de ahí que la literatura que hacemos los jóvenes en ese momento también es valiente y heroica. Literatura de Vanguardia histórica en la lucha emprendida por y para el pueblo, es la historia por la liberación social. Por ello también Alfonso, fue un poeta muy responsable con su oficio y le cabe el mérito de unos años antes de ser un miembro fundador de las Fuerzas Armadas de la Resistencia Nacional (FARN), que nació dentro de un momento de coyuntura muy difícil en que se luchaba por combatir los sectarismos y por buscar la unidad revolucionaria de las organizaciones político militares allá por los años del 75. Eran días en que yo ando conviviendo mucho con Alfonso en forma inseparable con el otro Alfonso también, época en que Alfonso me decía, que no había ninguna diferencia, entre las actividades de ser un combatiente guerrillero y un poeta al mismo tiempo y esa actitud lo llevó a vivir años en la clandestinidad en el trabajo arduo de la misma para conformar sus bases.

Es necesario ubicar dentro de una constante generacional desde el punto de vista histórico de la literatura el quehacer cultural del compañero, porque Alfonso Hernández pertenece a esa generación de escritores y poetas que nacieron en el llamado Grupo de la MASACUATA de San Vicente y uno de los principales animadores fue Eduardo Sancho (después comandante Fermán Cienfuegos), allá por los años de 1967-1970. Otros de sus miembros animadores de cultura fueron: Roberto Monterrosa (1945), Emiliano A. Flamenco (1945), Salomón Rivera (1945), Manuel Sorto (1946), Reyes Gilberto Arévalo (1948), Salvador Silis (comandante Santiago, 1948-1988), Rigoberto Góngora (pseudónimo Ri el Chalateco, 1951-1982), Mauricio

Marquina (1945), Luis Felipe Minhero (1947), además fue una época de grandes lecturas político-literarias con Lenin, Marx, Sánchez Vásquez, Mao, Lezama Lima, Boom Literario Latinoamericano, Salarrué, la Pájara Pinta, Roque Dalton, etc., etc. De ahí que a través de Sancho, conocieron a Roberto Obregón, Leonel Rugama, Eduardo Arellano en su paso por El Salvador, poetas preocupados e integrados a la lucha revolucionaria en Centroamérica y les costara hasta la vida. Pero al seguir enfatizando sobre el quehacer literario de Alfonso Hernández, que provienen de aquellas raíces históricas, que tienen esa tradición de crear una literatura patriótica en Latinoamérica y llegaron a la revolución a través de la poesía, estimulados así por la revolución cubana. Preclaros ejemplos de un Roque Dalton, Francisco Díaz (siglo pasado), José Martí, Cardenal, Chico Urondo, Otto René Castillo, Javier Heraud, etc., etc. y nuestra revolución está llena de muchos nombres algunos como: Mixco, Sancho, Lil Milagro Ramírez, Jacinta Escudos, Octavio Martínez, etc., etc. Otros cayeron en plena lucha, fueron secuestrados, desaparecidos o asesinados (Góngora, Silis, Vallejo, Delfy Góchez, Jaime Suárez, Valiente, Leyla Quintana, Zúniga y otros anónimos), tomaron el fusil e hicieron de la poesía un arma para militar y combatir.

Porque otros militaron a través de la temática creativa de su obra y se identificaron históricamente con un proceso de liberación, Roberto Cea, Manlio Argueta, Pepe Rodríguez Ruiz, Quijada Urías, Chemita Cuéllar, Francisco Gavidia (como antecedente histórico y fundamentador de la misma), Escobar Velado, Horacio Castellanos (entre los jóvenes de hoy, etc., etc. En especial pienso que quizás el mojón es Roque Dalton, que dejó

en muchos jóvenes de nosotros y en otros más jovensísimos de hoy, profundas huellas creadoras, cuyo canto evoca esa conciencia a crear una literatura de participación liberadora, en cuya temática en uno u otro género intentamos dar testimonio de la realidad nacional salvadoreña. Por ello recalcaría, que la generación del 70 a la cual pertenecen otros grupos del momento y en la cual la promoción de la MASACUATA se caracterizó, por manifestar un pensamiento literario donde el símbolo del Che dentro de la revolución latinoamericana, fue su máxima inspiración antiimperialista. El mismo Alfonso Hernández dijo en cierta ocasión que:

> "Los días gloriosos de la Masacuata contrastaban con un momento histórico de crisis en las organizaciones políticas tradicionales —por ende la crisis del Partido Comunista en el 69 al apoyar la guerra de Honduras y El Salvador— y en el surgimiento de una nueva perspectiva con la gesta del Che en torno a la lucha armada que se discutía y maduraba en América Latina..."

En cuanto al martirio de su muerte, Alfonso Hernández cayó en plena flor de sus años, cuando daba lo mejor a nuestra revolución, no sólo por ser uno entre los fundadores y precursores del movimiento armado en El Salvador desde los años de la década de 70 y uno entre los que arrebataron los primeros fusiles G-3 al enemigo para empuñarlos a favor del pueblo. Sino también porque desde muy joven vino creando y madurando junto a la experiencia de su vida, una poesía y narrativa consecuente con los intereses de las mayorías. Su accionar político y cultural siempre estimuló con una temática al servicio de la liberación de nuestro pueblo, temas cuyo espíritu humanístico

manifestó esa actitud antioligárquica y por consecuencia antiimperialista... En lo personal condeno y trato de olvidar este negro crimen perpetuado por el enemigo que todavía tiene sus raíces ante nuestros ojos, asesinos militares que no quieren perder sus privilegios ociosos, corruptos, asesinos por tanto dolor que siguen causando al pueblo, amparando así los intereses de la clase dominante y en contubernio con el imperialismo, asesinos capaces de seguir matando al pueblo todavía, que lo ideal hubiera sido "borrón y cuenta nueva" leyenda negra dentro de la historia patria. Su sacrificada muerte me hizo caer en una terrible tristeza, que todavía hoy no termino de sepultarla, a veces pienso que está junto a mí, pues lo tengo siempre muy presente con esa sonrisa hermosa sembrando alegrías en familia. Pues éramos como hermanos, la poesía nos había encontrado en el camino de la vida, a quien debo mucho de mi formación intelectual y orientación revolucionaria junto a la exagerada confidencia que tenía conmigo. Porque no había libro que yo no tuviera en mis manos, que no me fuera dado por Alfonso, era la encarnación de la poesía misma iluminándome el camino... Por ello:

> "la noticia de su muerte fue increíble —dijo llorando el hermano Quijada Urías— indescriptible por horrenda, acude a mi mente la imagen de una manada de chacales destrozando un ciervo o la furia del jabalí que introduce su colmillo en el corazón del colibrí".

Alfonso Hernández cayó heroicamente en combate ante los verdugos asesinos de la Policía de Hacienda, quienes lo decapitaron salvajemente y según se sabe su cabeza no fue encontrada "macro crimen" tal como

sucediera con Juan el Bautista quien lanzó injurias contra los Césares del imperio romano y Alfonso lanzó sus improperios contra los Reagan y los Bush del imperio Yanky, quienes junto a la tristemente célebre "Democracia Cristiana" males endémicos de nuestra historia fueron cómplices de su muerte y de la matanza contra el pueblo salvadoreño... Eran las tres de la tarde de aquel 10 de noviembre de 1988, su muerte fue un duro golpe también para mi esposa y mis hijos quienes lo querían mucho, así como la protesta de los intelectuales de América Latina.

Alfonso Hernández cayó junto a otros compañeros cerca de las faldas de volcán de San Salvador, poeta comandante, que militaba para el Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN). Su nombre de guerra era "Gonzalo" y combatía al lado de aquel célebre y recordado ejército guerrillero que dio tantas embestidas y golpes militares contra esta genocida dictadura, quien en esos momentos, utilizando todas sus artimañas de terror y represión, se le hacía imposible detener el heroico avance de nuestro ejército guerrillero que golpeaba al enemigo proyanky en su táctica de "contrainsurgencia" aniquilándolo desde todos los frentes de guerra que comanda en esos momentos la unidad militar del FMLN. Porque aquel célebre y recordado ejército guerrillero hoy es recordado en los anales de nuestra historia patria y que actualmente sigue continuando su lucha política "con coraje y esperanza" como diría Miguel Huezo Mixco, poeta combatiente.

Pienso como es de sabia y profética la poesía, digo esto porque en varias ocasiones el mismo Alfonso presentía su propia muerte, pues me contaba a través de sus cartas personales y poemas que me hacía mandar

desde cualquier sitio donde se encontrara, pues a veces yo las recibía desde el extranjero y yo sabía que él se encontraba combatiendo con la pluma y el fusil allá en Guazapa su frente de guerra. Alfonso siempre tomó mucha estrategia para comunicarse conmigo, según él para protegerme contra el enemigo y no me ubicaran, luego tener lugar seguro donde guarecerse cuando tenía que bajar a coordinar alguna acción de combate con los comandos urbanos guerrilleros, pero la verdad que siempre encontraba, que yo también me sentía en la necesidad de denunciar al régimen a través de mis poemas, relatos y ensayos siempre que había oportunidad de encontrar espacios en páginas y revistas literarias, entonces sólo me pedía prudencia y cuidado, porque el enemigo no perdonaba. Porque yo ayudaba a Alfonso en momentos bien difíciles, peor si te ponían el dedo, te desaparecían fácilmente con todo y familia, por eso Alfonso y yo tomábamos hasta el más mínimo cuidado y detalles para su trabajo clandestino hasta en la manera de tocar la puerta, cuando sabía que llegaba, luego después todo era tertulia revolucionaria, comilonas y gozo de poesía en familia... Decía que entre algunos poemas que me hizo llegar poco antes de su muerte, se notaba el presentimiento de su muerte:

Mañana quizás estaré muerto
y sobre mi tumba perdida en la montaña
la lluvia caerá con mis recuerdos...
(Despedida)

¿Dónde estará mi tumba? ...Ah mi tumba!
En el ojo derecho o izquierdo
está junto a mi sombra...
(Dolor Cotidiano)

La patria nos dio su corazón y emprendimos la lucha
yo di mi vida para que entre todos construyamos su futuro...
(Escrito en una culata de fusil)

Patriotas y héroes como Alfonso Hernández dan ánimo y esperanza, son testimonios de nuestra historia, muertos que viven en otros (Herederos de Farabundo) para seguir luchando y construyendo ese futuro luminoso para hacer de nuestra patria una sociedad más justa, democrática y más humana...

Canadá, Abril de 1994



Mi primer amor

...Era una cipotía bella. Había llegado al pueblo del cantón Las Animas, ubicado en las faldas del volcán Chinchontepec. Tenía unos pezones dulcitos de camote oriundos de la Ciudad de Austria; ojos claros, serenos —como dice Cetina—, de mirada serpentina, cuerpo flexible, cadencioso. Eran los diecisiete años en su adolescencia, cuando reía lloraba y cuando lo hacía era con desesperación. Nada se sostenía de ella ante mis ojos de muchacho que frizaba los diez años. Aprendí a mirarla con el esplendor de un tiempo inenarrable que se volatilizaba en sueños...

Mis padres habían sido un tanto conservadores conmigo; me fui ganando la calle conforme fui creciendo y me integraba a la pandilla de Chepe Rajaleña; no fue fácil, porque a la edad de los seis me dejaron jugar en la calle del barrio hasta las ocho de la noche, a la edad de los siete hasta los nueve y después fue un terrible dolor de cabeza para ellos, porque ya no tenía compostura ni reparo: me rebelé y fue así como tomaron la decisión de enclaustrarme en la Correccional de Menores de donde me fugué y comencé, desde entonces a vagabundear interminablemente. La decisión de enviarme a la Correccional surgió después del chasco que hice pasar a mi padre, quien era director de la Escuela "Doctor Nicolás Aguilar", donde yo estudiaba tercer grado y junto a los cipotes pandilleros optamos por echarle pica pica a la profesora. Posteriormente fui(mos) expulsado(s).

Martita Murío llegó al pueblo por el camino real con sus refajos de cipota campesina. Ingenua. Venía a ganarse el pan de cada día, primeramente lavando y trapiando en casa de los ricachos y posteriormente con su cuerpo adolescente. Fue violada por uno de estos terratenientes y después arrojada a la calle; la suerte de Martita estaba echada como un juego de póker a partir de ese momento y no tuvo más opción que convertirse en una de las *muchachas* del burdel de la "Polvo de Angel".

La pandilla a la que yo pertenecía estaba integrada por todos los cipotes hijos de las locatarias del Mercado Municipal, Carlos "Tincuto" hijo de la Pilar Burgos, vendedora de curiles y chacalines; Mario "Tun Tun", hijo de la Lidia Orellana que vendía guisados y sopones de garrobo; Conejito Deny, Roberto "Coloradilla", Carora, Pacheca y otros más que por el momento no recuerdo. La aventura fue nuestra pasión, rivalizábamos con otras pandillas en la disputa de una calle, una pared o un terreno baldío; nos íbamos a bañar al Acahuapa, a la poza de Sisimite, Amapulapa; cazábamos los huevos de zopilotes en las quebradas, bebeleches, chorchíngalos, iguanas y a cada sapo le propinábamos su correspondiente pedrada. Cipotes —forajidos, sobretodo cuando incorporados a Toño Machuca, quien nos indujo a emboscar a las cipotías que los domingos asistían a la misa del Calvario. Organizábamos grandes reyertas con las autoridades del pueblo; fuimos tahures, borrachines de feria y aprendimos a dormir bajo los cascos dorados de los caballos en la fincona de don Indalecio Ramírez.

Con la pandilla fue que conocí por primera vez el burdel de "La Polvo de Angel". La malditud nos llevó al presagio, a lo desconocido, a hurgar la azarosa vida clandestina.

Martita Murío tenía un pelo trenzado, castaño que le caía sobre sus hombros. En el burdel la "educaron" para recibir a toda clase de clientes; viejos, viudos, jóvenes y los cipotes que por curiosidad llegábamos a mirujiar, alucinando por lo desconocido y prohibido. Tenía una tarifa que no estaba al alcance de nosotros. La leyenda de su belleza se fue irrigando en el pueblo como la gripe.

La noche que decidió Chepe Rajaleña visitar el burdel, todos acudimos puntualmente a la cita. Era como ir en peregrinación, devotos del esplendor de aquella muchacha. Cuando llegamos a los arrecifes del patio de la casona, las bujías del cielo comenzaban a encenderse; a todos nos temblaba el cuerpo, la mirada, y esa vez recuerdo haberla visto bailando como una muñequita sobre la rokola y cuando hacía sus movimientos musicales me imaginaba que el armatoste estaba tan caliente que sus lindos piecesitos danzaban más bien por el chisporroteo de las notas musicales. Cuando terminó todos aplaudimos y desbordamos esa alegría adolescente. Los clientes que llegaban a disfrutar su cuerpo se volvieron quisquillosos por nuestras habituales visitas.

La leyenda de esta cipota creció: algunos opinaban que era hija de un gran hacendado y que había sido expulsada del purgatorio de su hogar por haber abrazado al pecado; otros opinaban que venía de Ilobasco y era una experta artesana del barro, otros decían que era de Aguacayo, hija de una dulcera que murió de una decepción amorosa; lo cierto es que ella estaba todavía herida de espíritu y de la carne. Era tan extraordinaria que decidimos visitar el burdel todas las noches, a sabiendas que por ser menores de edad nos estaba vedado, según la prescripción judicial de las autoridades del pueblo. "Mi conejita" le susurraban los

hombres más ridículos, "Mi canto de cama" le pronunciaban en el lóbulo de la oreja los criminales de la Penitenciaria Oriental (porque ella visitaba los jueves y domingos ese lugar) y para nosotros era la cándida muchachita de los ojos serpentinos. La soñábamos, Nuestro Angel. Nuestra cipotía de las Flores. Así pues me fui enamorando de ella y tenía una correspondencia recíproca, lo que despertó, sin lugar a dudas, un celo entre mis compañeros de joda. Nervioso, me fui acercando a su plenitud, ella me acariciaba, dormía en su pelo y en sus hermosos senos. Me confesó que había estudiado su primaria en el Colegio Eucarístico, y cuando sus padres decidieron que estudiara para monja, habíase rebelado, porque según su predestinación era conocer el mundo. *Ser una mujer de mundo.*

Una noche, en el cuartito privado me mostró las cicatrices de sus piernas y caderas; se había visto en arremolinamiento de una reyerta pasional en la casa de citas de la "Albahaca" en el barrio El Santuario; la trasladaron herida al hospital y la "Polvo de Angel" la había atendido y después se la llevó a su burdel.

Fue la primera mujer que me enseñó los rituales del sexo, cuando yo era un cipote inexperto. Nos emborrachamos juntos esa vez que la invitaron a la finca de don Honorato Balmaceda, viejo libertino que acostumbraba armar zafarranchos y bacanales en su finca que lindaba con la estación del tren. En esa ocasión le conté que la primera vez que me embriagué fue con la cipotada de la barriada en plena Navidad. La mamá de "Gorgojo" tenía una cantina frente a mi casa, lugar donde expendían el "Espíritu de Caña" y además contrabandeaba el famoso chaparro. Un día antes "Gorgojo" expropió dos tinajas y me las pasó subrepticiamente para enterrarlas en el jardín de la casona. La pandilla hizo un recorrido por las calles del pequeño poblado, piropiando y poniéndole serenata a todas las muchachas lindas, nuestro *joby* era cantar en coro, lanzando buscaniguas hasta organizar el jolgorio.

Yo tenía una enamorada de ojos que era la hermana de la mujer de Nicho Campana. Recién había cumplido mis ocho años de edad y en la tarde lunar nos fuimos a la Cancha Tacón para repartirnos el elíxir. Fue la primera vez y entre la animada conversación celebramos y brindamos por la vida, por las novias y cada quien dijo "salú" empinándose el tarrito de barro repleto de agua ardiente. Dos horas más tarde habíamos vaciado las tinajas y nos fuimos al baile que celebraba don Mincho Malacate en el barrio Aguas Calientes. Sentí que mis entrañas se quemaban en un torbellino salvaje y primitivo... Me quedé dormido en brazos de Martita cuando apenas despuntaba el día.

Con el tiempo terminé mis estudios de primaria y me trasladé a San Miguel donde unos familiares, para aprender un oficio. Estuve dos años perdido entre bielas, cajas de velocidades, dinamos y cardanes en un taller de mecánica. En ese lapso la pandilla se dispersó y cada quien eligió su camino. En casa de mis familiares había una pequeña biblioteca y por un impulso predestinado devoré todos los libros: Quo Vadis? de Sienkiewicks, El Ultimo Mohicano, Los Ultimos Días de Pompeya y toda la obra de Julio Verne y Salarrué. Entonces me comenzó a modificar la idea de continuar estudiando la secundaria e ingresé a un colegio nocturno. Abandoné los motores y aprendí el oficio de Tipografía y Relojería.

Había transcurrido el tiempo imperceptiblemente y cuando regresé a mi pueblo natal lo primero que hice

fue buscar el burdel donde conocí a Martita Murío. Recibí una decepcionante sorpresa cuando me di cuenta que ella había emigrado y nadie sabía donde. La gente opinaba que había ido a Puerto Barrios, rumbo a Panamá y más de alguno consideraba que se había fugado con un marinero hacia las europas. Me decepcioné tanto que volví a la carga con mi borrachera.

En el Pueblo estudiaba el último año de bachillerato cuando murió mi padre. Ese mismo mes, el vocerío de los estudiantes llevó la gran noticia con bombos y platillos, que había regresado Martita Murío. Fue la comidilla del día en las clases de Geometría y de Historia Nacional. Averigüé dónde estaba y por la noche me largué en su búsqueda. Efectivamente había cambiado de burdel. Era un mesón grandísimo, con un ancho traspatio y una casuchita de fondo, maltrecha y semiclandestina. Se dividía en dos piezas grandes, a la entrada estaba la venta de aguardiente, donde todos los clientes se ponían a beber, a conversar y las putas se apoltronaban en sus piernas, jayaneando y contando las aventuras y chistes más increíbles y escandalosos. Cuando llegué al dintel de la puerta, en la nocturnidad, me detuve y reflexioné, tome un valor inclaudicable y saludé.

—Buenas noches— me contestaron en coro. La dueña del negocio me invitó a sentarme y aproveché la ocasión para pedirle un trago doble de Tic Tack. A servirme mi segundo trago iba cuando sentí que unas manos suaves se posaban en mis ojos y con una sonrisita picaresca preguntó misteriosamente quién era ella. Segundos después apartó sus manos y quedó frente a mí aquella mujercita, arrebujada en su esplendor. Me sonrió y preguntó cómo había estado.

—¿Querés tomar algo?—le dije.

Y se sentó a mi lado. Yo estaba ensimismado. Conversamos, pero más bien estaba alucinado por su exhuberancia. Habían pasado los años pero estaba más bella que nunca. Era una mujer sin edad y podría decir, sin lugar a dudas, que Martita era la mujer más hermosa del pueblo.

Se sentó en mis piernas y la abracé tiernamente por la cintura.

Los murmullos se fueron apagando y nuestras voces giraron en el centro de la noche. Las estrellas se desprendían del cielo y formaron grandes copos de luminosidad en las ramas de los árboles. Salimos y comenzamos a intercambiar nuestras experiencias en esos años que habían sido un lapso de misterio y soledad.

—¿Creés que todavía soy bonita a tus ojos?—me dijo, balanceándose mórbidamente.

Y no le contesté, simplemente me quedé contemplando su cuerpo, su rostro y su cabellera trenzada. La noche y nuestras palabras se derretían; la alegría inundó su rostro y sus ojos parecían las borlas de un mago que en otro tiempo llegó con una carpa de circo al pueblo. Continuamos abrazándonos y la besé. La besé en el infinito de su mirada.

Me preguntó por mis estudios, por mis padres, por las novias que había tenido y en ese ensueño inescrutable me quedé completamente callado.

En el trayecto de algunas horas habíamos bebido mucho. Se apartó intempestivamente de mis brazos y se dirigió donde la rufiana musitándole no sé qué al oído. Ella asintió y luego regresó. Entonces me dijo que nos fuéramos a la calle; nos lanzamos sin rumbo hasta que llegamos a su cuartito que había alquilado en las afueras del pueblo, lindante con el campo de futbol "Centenario".

Sobre los empedrados conversamos animosamente. Incoherencias de frases y sonrisas. Abrazados.

Cuando llegamos al lugar, mientras abría la puerta me quedé contemplándola. Estaba hermosamente espiritual. Tierna y ruborosa. Entramos y nos acostamos en la cama. Su vestido se redujo a pequeños brotes invernales, lo que me incitó a conocer aquella extraña floración que se escondía en el follaje de su cuerpo. El cuartito era pequeño, trivial; en los contornos las luces se habían apagado y los vecinos dormían a pierna suelta. Las paredes caleadas reflejaban la sombra de sus pechos, enervantes e infalibles. Ella se levantó inmediatamente y abrió el armarito para sacar otra botella de ron; encendió la linternilla y luego se puso a preparar dos tazones de café. Se desnudó y desparramó sus trenzas, lo cual le daba una pincelada extraña a su hermosura. Vi nuevamente sus muslos y caderas y aún conservaba sus largas y profundas cicatrices, pero no hice ningún comentario. Estas escenas le dieron al cuarto la tibieza que invitaba a hacer el amor; nos entregamos, sin saberlo, a algo desconocido y pensé en ella, en su pasado turbulento y destructivo. Pensé en la heroicidad de sus años, porque daban la apariencia de una definitiva resolución. Todavía rebosaba un perfil adolescente, pese a que ya no lo era...

...Nos acostamos desnudos, unimos nuestros cuerpos y estos comenzaron a inventar un misterioso entrelazamiento. Esa noche no hicimos el amor.

En la madrugada, cuando despertamos, su cuerpo espejeaba aún en la semioscuridad. Entonces pude apreciarle mejor. Encendió nuevamente la cocinita y un rato después estábamos desayunando con dos tazas de café. Se fue al baño, mientras yo continuaba arrebujado entre unas sábanas límpidas. Le dije que nos bañáramos

y recorrí su cuerpo con la fragancia de una espuma que todavía llevo cincelada. La lluvia de sus muslos se encendía en mis manos, los mares crecían, el universo y el contacto de su piel sentía la sensación de recorrer aquellos barrios en la adolescencia. Nos volvimos a acostar y esta vez hicimos el amor. Me dijo que yo era un hombre diferente de los que se desvanecían en su cuerpo. Besé sus resplandecientes senos, surmergí mi rostro en su cabellera destrenzada... Así pasaron las semanas, los meses. Hice un esfuerzo sobrehumano para concluir mis estudios de bachillerato y tuvimos un romance semiclandestino. Era noviembre.

Al año siguiente me fui a la capital para ejercer el periodismo y entre lágrimas nos despedimos, haciéndonos las promesas más increíbles. Por mucho tiempo la perdí de vista. Pasaron los años y me puse a pensar que su derrota con algún fulano la destruiría. Sentí su humanidad encima de mí. En ese tiempo yo no estaba en capacidad de traerla conmigo, además era tímido y no podía sobrellevar la carga de los prejuicios que me embargaban: *una prostituta con un estudiante.* Lo último que recuerdo haberle dicho es que a mí me interesaba su vida y su cuerpo. Nada más.

...Un día, recorriendo la Avenida Independencia volví a encontrármela. Estaba completamente borracha, desgreñada, pero aún conservaba aquella belleza que me posesionaba. Nos abrazamos y lloramos, lloramos en los andenes de la miseria. Me dijo que había emigrado del pueblo después de una reyerta que tuvo con unos hombres en celo por su cuerpo. Me preguntó que hacía y tuve que decirle que trabajaba de periodista y redactaba artículos contra el gobierno de turno. Nos sumergimos en el primer bar que encontramos y ella se fue quedando dormida, dormida en mis brazos. Llamé

un taxi y la cargué rumbo a la pieza que alquilaba en Las Oscuranas. Durmió toda la tarde y noche.

Mi vida había transcurrido solitaria, entre libros y apuntes periodísticos, yo tenía que ir a mi trabajo y la dejé dormida, preparé el baño y le compré ropa nueva para que se cambiara en cuanto despertara. En la oficina estuve pensando en ella, la soñé cuando se iba al baño y se cambiaba los corpiños. Abriría las ventanas y con su mirada triste observaría la tragedia y el claxon de la ciudad, la trivialidad de una rutina de siempre, los buses, la gente que se apelotonaba para abordarlo en las paradas y ella se iría quedando nuevamente dormida...

Terminé temprano mis tareas y me lancé a la calle para llegar lo más temprano posible. Esta vez sí podría conversar sobre su vida. Pero cuando llegué a la pieza mi sorpresa fue que la encontré totalmente vacía. Aquel ángel había emigrado (¿hacia dónde?...), no lo sabía. Durante varias semanas la busqué afanosamente por las tabernas, las calles y avenidas donde se congregaban las putas. Pregunté por ella, y otras veces entré a los bares, pero fue en vano. Nunca más supe de ella...

Ingresé a la Universidad y terminé mis estudios profesionales. La obsesión de aquella mujer que había marcado mi vida siempre estuvo presente. Pero con el tiempo la olvidé. Me casé y dos años después me divorcié.

Durante todo este tiempo anduve vagabundeando por las calles y los cines; me dí cuenta que no había olvidado a la mujer de mi adolescencia, aquella imagen se entrelazaba a mi humanidad, (pero por favor, no te pongas esa armadura que se hace fuego en tu corazón). Por las noches me reunía en los cafés con los amigos, sentía una opresiva sensación y la madrugada siempre caía con su peso de dinosaurio y su boquete de cielo;

entonces trataba de escapar, me escabullía y volvía a recorrer las mismas calles de siempre.

Un día tuve un extraño presentimiento. Me puse en marcha hacia la plazuela de La Praviana. Nuevamente vi el apelotonamiento de mariachis, de prostitutas, de vendedoras de billetes de lotería, golosinas y otras cosas más. Sin reparar entré a ese túnel sórdido y bullicioso que bajo mis pies se movía como una arena movediza, hasta que llegué a las persianas del Bar El Faro, de donde emanaba una asfixiante atmósfera de gritos y orines. En el portón dormitaban los borrachines junto a los basureros, más de algún chuchito tísico hurgaba los vómitos de esos seres que yacían delirantes en las cunetas... cuando recorría el pasillo de la entrada, las cumbias y guarachas inundaron mis oídos, caminé entre los bebedores y me senté en un rincón; pedí una media botánica y me puse a beber, observando aquellas escenas goyescas y pecaminosas.

De pronto se fue acercando a mi mesa una mujer desarrapada, avejentada y en ruinas... llevaba una pacha de guarón macho en sus manos —¡Al fin te vuelvo a encontrar, cabroncito!—me dijo —desde anoche te ando buscando—.

Era Martita. ("¡Maldita sea esta puta vida!" dije), y la invité a que se sentara. Pero ella rehusó y se quedó parada, frente a mí, tambaleándose y fumando cigarrillo. Volví a insistir, esta vez que se sentara en mis corvas flacas, pero ella nuevamente rehusó. Entonces se lanzó sobre mí y me abrazó, sus lágrimas se diluían sobre el vaso de aguardiente que yo aún no había sorbido. Se fue quedando dormida así llorando, pero de presto se incorporó y sin mediar palabra apresuró su paso hacia la calle. Titubié un momento, pero salí detrás de ella hasta que la alcancé cuando ya la noche surcaba su torbellino.

Llamé un taxi y pagué la carrera. No sabía hacia donde se dirigía; ella entró a trompicones y se largó, se largó con la tristeza de la calle... Pagué lo que debía en el bar y esa noche no continué en mi borrachera. Yo tampoco sabía hacia donde me dirigía. Los bares y los multitudes quedaron atrás, hasta que salí de ese túnel...

Al día siguiente regresé al trabajo, redacté un par de artículos y me fui a la pieza. Me puse a leer un poco y después redacté unos bocetos de un cuento que me torturaba hacía semanas. En la tardecita me largué nuevamente a la calle, recorrí los escaparates, los mercados, las librerías; abordé el bus de la ruta veinticuatro en dirección al túnel. Estuve bebiendo en el bar El Faro y busqué con mi mirada la imagen corrugada, pero fue en vano. Por curiosidad me acerqué al expendedor del bar y le pregunté si no había visto aquella mujer con quien había estado conversando la noche anterior.

—¡Esa puta es un vómito!— me dijo. Y se largó hacia las estanterías dándome la espalda.

Después le pregunté al mesero y éste me explicó que horas después había regresado. Había muerto a cuchilladas y en la agonía sangrienta pronunciaba el nombre de uno de sus amantes. (Sólo yo sabía que ese nombre era el mío).

Ella murió llorando junto a los basureros de la calle.

Salí del bar con la resaca del último recuerdo, enmudecido, atónito y nuevamente me puse a deambular. Desde entonces he estado vagando por los barrios como un autómata, sin escuchar los bocinazos de los vehículos ni de los insectos; sin escuchar el griterío de la gente, recorriendo mi vida que ya es un harapo...

Diálogo de las germinaciones

"Una de las caras del amor es la muerte,
en el humo de esta época eternamente juvenil"
—Roque Dalton

...En el mes de los crepúsculos conocí a Gertrudis, dieciséis años en el espacio solar del Valle Suchitlán: Copapayo. Es un caserío aproximadamente de doscientos treinta pobladores, agreste, donde uno puede instalar su imaginación, su memoria o establecer el diálogo de las germinaciones... El aire está mezclado con el sabor de las lechugas que crecen en el lago, callecitas de piedra caliza, herbazales y flores amarillas tupidas en linderos; el maderamen fresco y lozano. El camino real y la capilla flotan sobre el lago, los pobladores se reúnen los domingos para escuchar el sermón del patriarca Noé, todos ellos son pescadores, viven de esa naturaleza... La pesca la realizan en el día y en la noche, los cipotíos crecen entre las redes acuáticas, el sonido de la pólvora y sus sombras azulosas se proyectan sobre el Suchitlán. La guerra, pese a todo, no ha podido hacer divisible ese universo, los ranchos se mantienen en pie, las muchachas continúan caminando sobre las veredas, las milpas florecen entre los bombardeos y las invasiones sangrientas del ejército. Toda la población está organizada, han aprendido a autodefenderse con armas caseras y de combate. Cultivan la tierra en las noches de luna: piñales, yucales, maicilleras; los cacaos florecen en tonalidades los atardeceres. El invierno

reverdece la tierra, rojos soles se levantan silbando entre las milicianas más bellas que soñó y procreó el cacique Azacualpa.

Al norte del valle, a escasos kilómetros está la Presa del Cerrón Grande, alturas espesas artilladas por la soldadesca del régimen, nadie baja, salvo en época de invasiones genocidas. En Copapayo los pobladores viven y trabajan en comunidad, trillan el ondulado valle que se extiende hasta las orillas del lago y del caserío Guadalupe. En los amaneceres ordeñan las vacas, o vienen con sus cebaderas repletas de peces: aluminas, tilapias, mojarras, bagres y otras especies; vienen contentos a la hora del desayuno, el almuerzo o la cena. Las canoas se deslizan en la nocturnidad, los postas permanecen al acecho día y noche; fue entonces que llegamos por primera vez, cansados y sudorosos después de una larga jornada. A pie, con la ropa y los zapatos raídos, con los chunches de la radio que habíamos logrado rescatar a lomo de mulas, la noche estaba bien entradita, los pobladores en caravana se habían congregado y los fogones iluminaban el rostro de aquellas mujeres que preparaban las tortillas y la sopa de frijoles. Fue una noche de luna. Saludamos a Román, jefe de la zona y descansamos mientras los leños crepitaban. Un millar de caballeros roturaban el cielo con su fúnebre canto. Dormimos hasta el amanecer. Fue entonces cuando descubrimos lo bello de Copapayo.

En su habitualidad las cipotas ordeñaban, chistaban en los ojos de agua o conversaban los variados temas del amor y la guerra. Era bello ver aquellas mujeres con sus cántaros sobre sus cabezas, con las venas henchidas portando su ametralladoras o sus fusiles M-16, con sus canastas o matatas repletas de frutas, con sus sonrisas oceánicas; sus labios en constante movimiento como si

evocaran la lucha de todo un pueblo. Cipotas disciplinadas en el combate, se bañaban desnudas los días luna en las riberas del lago. Aquellas muchachas expresaban lo misterioso de la tierra entre el humo de la pólvora y los albores de la vida. La bendición del amor que uno encontraba. Lo maravilloso en cualquier circunstancia, en el sonido, en la luz de los ramajes en esos mediodías radiantes. Copapayo está en nuestra sangre, en nuestros músculos de guerrilleros audaces, en nuestros zapatos rotos y camisas remendadas.

Desde el día de nuestra llegada comenzamos a escuchar historias y anécdotas, conocimos personajes fabulosos y fabulados; narraciones sangrientas. Muchos campesinos murieron para ejemplo de otros, perseguidos, encarcelados; historias de mujeres violadas y asesinadas. Eran recuerdos dolorosos y en ese período consolidaron su organización.

... de esas muchachas quinceañeras era Gertrudis. Esbelta, con su traje de enfermera en la clínica de Copapayo. Usaba faldas floreadas, blusas verdes o bluyines que ponían en relieve toda su hermosura. De pelo largo y trenzado, todos los días se ponía un ramito de flores silvestres entre su cabellera. A veces nos cruzábamos accidentalmente o adrede, en el río cuando ella lavaba, y yo me sentaba en un peñasco a conversar cualquier cosa mientras ella sonreía y me contaba historias inenarrables... Toda esa conjugación nos permitía remontarnos a épocas de lucha cuando la guerra todavía no había estallado. Conversar con Gertrudis cinco o diez minutos era un largometraje infinito. Usaba sandalias y era impresionante cómo había aprendido a moverse ágilmente en ese terreno pedregoso. Sus sueños eran para vivir.

Siempre que la visitaba la encontraba en el patio del rancho junto al limonero, con su pañoleta roja en la garganta, con sus zarcillos de colores, simplemente sonriendo y conversando. Otra vez nos encontramos en la escuelita, celebrábamos navidad. Hubo fiesta, bailamos, un ambiente de alegría y Gertrudis me invitó a las cinco de la tarde para que fuéramos a comer quezadillas de queso donde doña Trini, su abuela; le dije que sí y caminamos entre los maizales, entonces fue que nos besamos eternamente... En la noche me dijo que nunca había tenido marido, mientras la luna proyectaba nuestras sombras desnudas en el boscaje...

...pasaron los meses, y en la misteriosa complicidad Copapayo se posesionó de nosotros.

Gertrudis se hizo más luminosa, los encuentros se fueron prolongando, la formación de las fuerzas móviles estratégicas exigía desplazamiento de jóvenes, incorporación masiva en el ejército guerrillero y eso dió lugar a que tuviésemos que trabajar en distintos lugares (¿Dónde estará Gertrudis? decía), observaba las estrellas en las marchas inagotables. Acariciaba mi FAL como si fuera el cuerpo de aquella mujer que se transformaba en bosque o luciérnaga. La avidez por el futuro nos nutría en la intimidad. Era un mundo mágico donde se entremezclaba el sabor de la pólvora y los labios de Gertrudis.

En las noches el pensamiento se fundía con la lluvia, los caseríos se veían en lontananza y paladeaba algún poema de Too Huu. La poesía nos ayuda a descubrir ese mundo mágico, a sobreponernos a las circunstancias que nos amenazan con el dolor o la soledad.

Esa tarde el cielo se desplegaba como una mancha de vidrio molido, recién habíamos concluido los combates en la zona norte de Quezalapa, estaba en mi

memoria esa vez que entramos triunfantes y las cipotas nos tendieron una emboscada de flores en Copapayo. Fue una algarabía, las compañeras esperaban a sus compañeros. A la mañana siguiente había que desalojar la zona con la población civil, el ejército invasor extendería un cerco y contracerco sobre la zona de control con más de diez mil efectivos y sólo nos quedaba la noche para trasladar a la población al otro lado de Suchitlán. Ordenamos el urgente desalojo y desplegamos los pelotones de la columna que comandaba Dimas, en guerra de guerrillas.

Ante nosotros se elevaba un caserío en ruinas por los bombardeos aéreos y la artillería, las piedras y los ranchos agujereados con estallido de ametralladoras punto cincuenta. En ese momento hubiese deseado quedarme con los pelotones del Comandante Dimas, para contribuir a proteger aquella gente que había quedado dispersa entre los montarrascales. Además, estaba completamente seguro que Gertrudis se movía con aquellos ancianos y niños.

El caserío ardía en llamas. Algunos de esos niños caminaban junto a nosotros y estaban presas del miedo. Pensé en ella corriendo entre los fangales en la ribera del lago, con su mochila de medicamentos y un pequeñito en chuncho petaca; ancianos y mujeres habían optado por los refugios clandestinos, pero quizás era demasiado tarde para ello, o estaban distantes de los lugares, porque la soldadesca acampaba en las alturas y vadeaban en semicírculo con sus razzias, machete en mano, con la idea macabra de asesinar aquellos pobladores indefensos que habían quedado aislados, semicubiertos, entre los peñascos. Era una tarde sin crepúsculo...

"...torturaron a toda la gente, yo cargaba a chuchungo un hermanito y me quería pasar al otro lado del lago, pero como mi mama estaba ahí no pude verla, entonces le dije a mi mama que nos juimos y entonces vinieron ellos y rodearon a toda la gente..."

...escenas grotescas protagonizó la soldadesca: gente apelotonada o en pequeños grupos, unos rezando, otros protegiendo a sus pequeñitos, madres que lloraban o ardían de coraje, los viejecitos resignados a sucumbir ante el terrorismo de los guardias y soldados que comandaba el coronel Monterrosa. De nuevo los rostros, el nutrido tiroteo a mansalva sobre los primeros que comenzaron o trataron de correr, los cadáveres amontonándose uno tras otro, ni siquiera una cuma para defenderse, sólo el valor y la fuerza moral que se iba entrañando en la medida que se acercaban a la muerte...

En ese lugar nació la guerrilla de Cuscatlán. Lil Milagro, la heroína, llegaba a organizar a los pobladores en los primeros años del setenta, y clandestinamente salían a pintar consignas en el lomo de las reses, para que todos los campesinos conocieran los objetivos de la lucha revolucionaria; en esa época el régimen oligárquico hundió extensas tierras para hacer la presa del Cerrón Grande. El lago creció y Copapayo quedó suspendido por las aguas... Aquí y allá crecen las plantaciones, los madrecacaos y los corteces blancos, los almendros de río, los mangales; de trecho en trecho uno se encuentra en la memoria de los pájaros y las piedras...

...Despojados de sus tierras y ranchos, los pobladores aprendieron a organizarse desde la clandestinidad. En todos los caseríos de Guazapa y en las pequeñas ciudades de Suchitoto, San José Guayabal.

Aguilares, Oratorio Concepción, se movilizaban portando cartelones, pancartas, con sus cumas y machetes; otras veces se reunían en los barrancos para estudiar la palabra del cura Romero, quien llegaba todos los domingos en una mulita retinta y bien maiciada.

Instalamos nuestros aparatos de radio en una de las explanadas. Acevedo, el miliciano nos ayudó a organizar la alimentación, pelotones de molenderas diariamente llegaban por turnos a prepararnos los sopones de tilapia, los té de naranjo agrio y el café caliente.

Las compañeras estaban organizadas en pelotones de milicianas, de molenderas, trabajadoras de la cultura, de la siembra, comités populares.

Los ranchos estaban diseminados sobre los dorados plantíos y los ancianos sacaban sus cuquitas para confeccionar atarrayas y trasmallos. Todo estaba construído poéticamente. Por las tardes Acevedo convocaba a los milicianos para hacer la parada militar bajo un inmenso madrecacao frente al cuartel general de las milicias. En la escuelita los cipotes habían construído un enorme tatú para albergarse durante los intensos bombardeos de los Push and Pull, los A-37 y F-5; se formaban en pequeños grupos y cada quien sabía el lugar que le correspondía en el subterráneo.

"...entonces, cuando vinieron fue el desmolote, la gente afligida lloraba, una niña salió herida, otro tenía una bala traspasada en la barriga y otro tenía en la frente una esquirla. En eso vino un helicóptero y se los llevó. Toda la gente estaba allí. Otro bichito que no había salido estaba metido en el agua en la lechuga, entonces un soldado le preguntó al jefe que si aventaba un granadazo y al ratito salió el bichito afligido y entonces

el soldado gritó: "vean hijos de puta ustedes dicen que no hay más gente y hay más, por lo menos aquí viene un bicho..."

En verdad hacía un esfuerzo por imaginarme aquel niño heroico que se llamaba Juilín, el cipote de la casa correo, cuando vio que su madre cayó sobre su hermanito de tres meses de edad, con su cuerpecito totalmente reventado a balazos, y el pequeño Juilín se lanzó en zig zag contra el guardia y logró arrancarle el fusíl; debía tener apenas nueve años de edad y como un venado logró escabullirse sagazmente, se apertrechó y comenzó a disparar hasta que se le terminaron los tiros, entonces Juilín tomó unas piedras y les gritó con todas sus fuerzas: "hijos de puta, asesinos!!... cayó mortalmente herido, en cámara lenta, junto a otros niños..."

"...y entonces comenzaron a buscar más y estaba otro compita ahí y le dijeron —salí vos cabrón, y entonces el compa salió y lo agarraron y lo maniaron todo y onde lo estaban maniando vino él y le zampó una pescozada al soldado y se aventó al agua y lo agarraron a ráfagas con un G-3 y no le pegaron y el compa como ya había saltado el otro lado del lechugal, le gritaron: —ahí estás cabrón, salí y le tiraron la ráfaga y no estaba ahí, sino que en otro lado del lechugal y como estaba otro hermano capturado le dijeron:

—es hermano tuyo...

—sí, les dijo

—¿cómo te llamás?

—Elías

—Ah, pues gritale que salga

...entonces los soldados formaron a toda la gente y en eso llegó el coronel Monterrosa en un helicóptero y cuando se bajó dijo:

—"Las viejas que quieran cigarrillos aquí tengo yo y les pasó casi por la boca los cigarrillos y después a los viejitos". Una mujer le dijo: "cuando yo tenga ganas le guá pedir", y entonces nos pasó a nosotros, a todos los bichos y como nadie quiso se los guardó y después dijo —"Hay nos vemos, que les vaya bien" y se fue en su helicóptero...

Las tropas de fusilamiento hicieron pequeños grupos, entre el griterío y la angustia, separaron a las jovencitas, las amarraron, algunas de ellas trataron de escapar, pero inmediatamente cayeron las balas roturando sus espaldas; las que quedaron vivas fueron inmediatamente separadas, serían violadas seguramente, luego torturadas y asesinadas...Las madres y ancianos frente a las paredes de los ranchos quemados, en el suelo, y los pequeñitos muertos a destajo con aquellos machetes filosos y sangrientos... las madres que lograron escapar prefirieron ahogar a sus niños en las riberas del lago, arrojarlos un poco más allá de la orilla, decididas a que murieran ahogados en vez que corrieran la misma suerte: degollados o estrangulados... Los escasos niños que siguieron el ejemplo de Juilín defendieron a sus familiares hasta que subieron en las pequeñas embarcaciones, para ponerse a salvo en algún islote de lechugas o ramas de árboles que todavía levantan sus muñones secos en las inmediaciones profundas del lago... Pero todo fué inútil, los aviones y helicópteros artillados dieron blanco y las pequeñas embarcaciones estallaban en pedazos. Simón y Tacho pusieron a prueba su esfuerzo inaudito,

cada uno se lanzó al lago con dos pequeñitos respectivamente, pero nuevamente fue en vano, sus cuerpecitos tuvieron que dejarlos en los lechugales; braciaron hasta la otra orilla con un nudo en la garganta, con una rabia y un dolor profundamente traducido en lágrimas...

"...salí todo bolo, viendo lucitas verdes de tanto pijazo, despuecito llegamos a una quebrada, ahí bebí agua y salí caminando para arriba chorriando sangre y allí nos estuvimos. Ya no aguantaba caminar, los bichitos pequeños que estaban con yo me llevaban a chuchungo, así, por ratitos, ahí por la quebrada, aquí por los montes. Los que arriaban la tropa eran cuatro hombres cheles, altos y barbones, aunque después se rasuraron allí. Hablaban de otro modo. Les oímos de otro modo, así: guash Shimon, decían ellos. Eran cheles, gringos decían las mujeres..."

La luna tuerta de un ojo

Vivíamos en un barrio pobre, de casitas blancas y maltrechas. Los empredrados estaban ornados con almendros floridos. En las casas un extenso patio y un corredor donde se instalaba un vientecillo de septiembre, junto a las macetas tupidas de violetas y begonias, el perrito echado a la par de la hornilla; un ambiente de celeste armonía donde casi siempre se entreteje una canción: un bolero, un preludio o a veces una ranchera; en la lejanía de los cuartos una mujer extremadamente joven, pasa durante horas tejiendo y destejiendo sus blusas y sus vestidos opalescentes... Fue una mujer joven diríamos en estos momentos, las arrugas comienzan a surcar su rostro, un pelo castaño con hileras plateadas. Siempre que terminaba mis juegos de infancia la encontraba llorando...

Mi padre era un trailero que trabajaba en una fábrica de cemento; manejaba un Fergusson Mack y hacía interminables recorridos desde Guatemala hasta el Canal de Panamá. Muy pocas veces lo ví en mi vida, tengo una vaga impresión de su rostro, un tipo jovial, mostachudo, fornido y de una edad indescifrable. Casi nunca llegó a casa, por lo que mi infancia la viví bajo el calor de mi madre Juanita. Cierto día invernal llegó la noticia que mi padre había sido asesinado en el naight club "El Pájaro Azul," en Panamá. Había muerto a cuchilladas cuando estaba ebrio. Mi madre lloró en silencio y puso su altarcito, donde los únicos que rezaban eran ella y yo. Después de los nueve días, todo volvió a la normalidad, únicamente el recuerdo de aquel

padre brutal y forastero que me traía dulces de leche de burra cuando regresaba al hogar. Nunca salimos a pasear, ni me di cuenta que llevara a mi madre al cine o algún parque. Las pocas veces que aterrizó en casa pasaba bebiendo, lanzando injurias e improperios y la golpeaba salvajemente. Yo me escondía en los rincones del patio, temeroso de recibir una golpiza. Eso sucedió las pocas ocasiones que fortuitamente llegó a casa.

Mi madre era lavandera pública, llevaba una vida de extremada pobreza y de austeridad absoluta. En las mañanitas, cuando se levantaba a regar las plantas del patio, me regocijaba saltando sobre los pedruzcos, con una varita de bambú entre las piernas, imaginándome que era el vaquero más famoso del Oeste: "¡Arre caballito, arre!", mientras giraba una y otra vez en el contorno del patio. Cuando clareaba y el sol daba su plenitud sobre el rostro de mi madre, yo con mi caballito inventábamos cualquier juego. Después de regar los geranios y las bugambilias encendía la cocina de carbón ubicada en el largo corredor y me quedaba escuchando su voz entre los plantíos a la hora del desayuno. Siempre llegaba al trote con mi caballito de bambú, con mis pantalones cortos y mi camisa raída. Ella salía todos los días a recorrer las calles, recogía ropa de aquellas familias que eran su clientela. Una de ellas la del Doctor Gilberto Aguirre Montúfar. Vivía en una casa de lujo: los cuartos distribuídos eficiente y arquitectónicamente, el comedor, la sala de visitas, la biblioteca que estaba en la oficina donde ejercía su notariado, tres dormitorios y junto a éstos una escalinata que conducía hacia el segundo piso; además, la cocina con dos dormitorios, un jardín donde los tornasoles de las flores robaban luminosidad a los crepúsculos.

Casi siempre que mi madre me llevaba permanecía a su lado, tímidamente jugando con mis carritos de madera en la parte encementada que bordeaba el jardín y así pasaba horas y horas, hasta que comenzaba a anochecer y me decía que había llegado la hora de irnos. Cuando ella no salía a la calle, las tardes se convertían para mí en una felicidad, porque no solamente jugaba en el jardincillo, sino que también salía a los empedrados a jugar al toque y cuarta o al ladrón librado con Pedrito Chilate, Gorgojo, el Cuto Joaquín, el chele Peperé y otros cipotes de mi camada. Otras veces jugábamos al trompo coyote, Viva la Flor que la tuya es mejor y al escondelero. Además todos acudían a la ventana de la casa, para estar jodiendo a la lora que mi padre en cierta ocasión llevó a uno de sus extraños viajes. Lora malcriada: mi madre siempre que la espulgaba se ponía a conversar con ella y al final terminaban discutiendo acaloradamente. De vez en cuando Juanita le encontraba piojillos entre las plumas, la lora mascullaba:

—son las ladillas que me pegó tu marido.

La cipotada gozaba con las chanzas de la lora y ellos mismos se encargaban de aumentar su repertorio de putiadas. Tenía la particularidad de que siempre que pasaba un señorón le gritaba "¡Pendejo!"; y si era mujer: "¡Qué cuero!"

Un día, jugando a la Medianiya con el Burro Nicolás, comenzamos a discutir por el hecho de que la monedita que habíamos puesto en el centro había quedado exactamente en la rayita del círculo. El Burro Nicolás alegaba que había ganado la pesetía y yo sostenía que no, porque estaba en una posición neutral y era preciso repetir la jugada. Esto provocó enojo y nos liamos a zopapos. La cipotada, en lugar de apartarnos

nos encerraron en un círculo y cada quien tomó partido. Chepe Balazo, uno de los más pícaros, puso su mano entre ambos y dijo:

—¡el que escupa la mano es el más cachimbón!

Inmediatamente los dos escupimos y Chepe Balazo la apartó ágilmente, las escupidas cayeron como dos cagadas de zopes en nuestros rostros. Esto provocó intensa ira y nuevamente nos liamos a golpes y lucha libre. Nos revolcábamos sin cejar un centímetro en nuestra decisión de vencer; los dos estábamos llorando, más bien por la cólera, pero nuevamente nos incorporamos a esa pelea sin cuartel. Estábamos sudorosos y polvosos, las camisas deshilachadas, escupiendo sangre en el preciso momento que pasó Margarita Chismuya lanzando putiadas a todos los cipotes y nos desapartó. En el desparpajo, el Burro Nicolás alcanzó a decirme:

—¡sos un hijo de puta! ¡A tu nana la Juana Pelona me la piso todos los días!

Aquellas palabras se volvieron indelebles en mi pensamiento. En el camino me aconsejó no meterme a esos pleitos, porque era comprometer a mi madre.

Cuando llegué al hogar salió a encontrarme y me dió un par de chiliyazos por haber llegado tarde y sucio. Hubiera sido una gran apaleada sino es por Margarita que intervino en mi defensa y le dijo:

—dejá el cipote. Ya estuvo. ¡No lo sigás verguiando!

Margarita era una vendedora ambulante de gallo en chicha, recorría diariamente las calles del pueblo.

—¡Vaya el gallo en chichaaaaa!

Era famosa, no sólo por el caldo de gallo, sino también por su hermoso cuerpo. Muchos decían que tenía ciertos rasgos fotogénicos de la Tina Turner; otros argumentaban que nada tenía que envidiarle a la Zsa

Zsa Gabor. La verdad es que en las esquinas, a la hora del almuerzo, se apelotonaban jóvenes y viejos para ver aquel monumento de mujer con la sartenada sobre su cabeza guarnecida de enroscadas trenzas y moños. Los chichipates se aglomeraban también en las esquinas para comprar su guacalada. Tenía unos ojos oparinos y rasgados, de una perplejidad frente al sol, imperiosamente bella, la más bella del pueblo.

Otras veces entraba a la casa del notario y a los cuarenta minutos salía arremangándose el vestido y el calzón. Se decía que Margarita Chismuya había provocado grandes suicidios, reyertas, duelos y hasta una conspiración que culminó con un golpe de Estado en toda la República. Ricos y pobres se rendían a sus pies. Las infelices casadas y las beatas habían entretejido la leyenda de que "curaba a los hombres con agüita de chinto". Se narraban las anécdotas del alcalde Chabelo Marinero, quien había quedado cojo después de una zangoloteada en la luna de miel; don Chico Santana uno de los más ricachos había vendido sus propiedades para comprarle una hacienda en las faldas del Chinchontepec; don Marquitos Lara se sacó el premio gordo de la lotería y en una noche de marihuana y borrachera se lo entregó. Así giraban miles de bolas y rumores sobre la belleza y picardía de esta muchachona. Lo cierto es que yo había notado que eran grandes cheradas con mi mamá y que noche a noche salían. Me dejaban dormido al cuidado de la viejecita Genoveva.

Siempre llegaba a casa pasaditas las dos de la mañana y en cierta ocasión cuando se acercó para darme un beso, pensando quizás que estaba dormido, sentí una bocanada de aguardiente: —"Mi mamá viene acachimba"— dije en silencio.

Todos estos pensamientos se borraban cuando clareaba la mañanita y el patio de la casa lucía sus múltiples colores veteados. Los papayos, los limoneros, tamarindos, los arbolillos de mimbre, jocotales y plantas silvestres contribuían a inventar nuevas aventuras. Mi infancia y los árboles siempre crecieron juntos, se internaban en lo maravilloso y en aventuras espléndidas.

En febrero se iniciaba la vida escolar y mi mamá me envió al primer grado con el bolsoncito repleto de panes con miel de abeja, con mi uniforme bien planchadito, un peinado al estilo de Telly Savalas. Por primera vez sentí la sensación de que la escuela se convertiría en un cadalso, cercenaría todo mi ensueño. Significaba cortar de tajo las inquietudes de infancia y la gorda costumbre echaría raíces en mi vida. No obstante a regañadientes tuve que soportar este patíbulo y desde un principio me dediqué a observar el tedioso mundo escolar. Durante los recreos me hice de amigos que gozaban de fama por su picardía y maldad: Fonchito Cangreja, Chepe Piuta y Tito Melara. Una tríada maligna, de pandilla. Hubo un momento determinado de rivalidad y las pandillas optaron por hacerse la guerra. En varias ocasiones me fajé a zopapos con cipotes mayores habiéndolos vencido una y otra vez.

También me liaba a golpes con quienes me apodaban Estebita Pelona, otras veces era de tirarse piedras o simplemente un intercambio de putiadas. Conforme se esparcía mi apodo la conducta de mi madre cambiaba. Los domingos salía desde temprano, me dejaba encerrado en el jardincillo y por la tarde, cuando regresaba, la observaba con moretes y chupones en la nuca, un tanto desgreñada y cansada. Casi siempre se recostaba en el camastro como si se hundiera en un mundo en el que los únicos habitantes eran ella con sus

recuerdos. Cuando le preguntaba dónde había estado, contestaba con voz apagada y chillona:

—estuve trabajando todo el día. Andate a jugar mientras descanso.

La casa palidecía y mi madre se corrugaba. Ya no era la de antes, aquella mujer que salía por la calles con la esperanza de lavar o planchar. Había días que amanecía desvelada y en ocasiones encontraba sobre la mesa una pacha de guarón macho o una botellita de Tic Tac. Estaba taciturna, colérica y cuando me le acercaba para acariciarla y acostarme en su regazo, me rechazaba violentamente diciéndome:

—¡Quitate diay mono baboso!

Y me agazapaba como un chuchito agüevado, en algún rincón o salía a la calle para mitigar mi pena.

Yo tenía siete u ocho años cuando sucedió este acontecimiento que vino a cambiar mi vida. Ese día regresaba de la escuela con mi libreta de anotaciones en la que sólo aparecían patitos en la cuadrícula. Experimenté una tristeza profunda como un pozo. Todos los muchachos de la pandilla habían sido reprobados y hasta se murmuraba que seríamos expulsados declarándonos non gratos por nuestra rebeldía. Cuando llegué a casa observé que mi madre estaba en trajes menores y que había llegado un fulano de la guardia nacional, con su chaqueta en la que resaltaban unos botones con enchapaduras de oro, sudaba como un fauno y despedía un olor a macho viejo. Estaba borracho y acariciaba lascivamente a mi madre.

Cuando atravesé el pórtico, ella inmediatamente dijo:

—Es tu tío, salúdalo.

Hice una mueca de angustia y cólera, dejé mi bolsón en la banqueta y me fuí de largo hacia el jardín,

con un nudo en la garganta. El guardia se llamaba Maximiliano, era de un color moreno oscuro, despanzurrado, entrecano, con una mirada penetrante y odiosa. Inmediatamente quedamos frente a frente, frunció el ceño, hizo una mueca larga como si repentinamente se enfrentara a un enemigo a muerte y que en el duelo fatal uno de los dos tenía que ser el vencedor. Juanita, al ver mi actitud, lanzó una sonrisita de ratón, besó largamente al espantoso guardia y éste la apretujó por todas partes del cuerpo. Maximiliano era oriundo de Santa María Ostuma y un día que patrullaba las calles de la estación del ferrocarril conoció a mi madre cuando esta venía de la penitenciaría central, donde hacía el amor con cuantos reos pudiesen pagar sus honorarios.

Por las noches siempre asomaban dos o más amigas para invitarla a salir de paseo: la Cheliana, la Chichuda, la Currita y otras conocidas en la farábula del pueblo. Yo era un cipote, pero desde que me organicé en la pandilla de Chepe Piuta, aprendí no sólo a defenderme, sino además, teníamos la capacidad de traducir mi odio contra ese guardia de una u otra forma. La verdad es que para Maximiliano mi presencia siempre significó algo funesto y no perdía ocasión para mantenerme marginado, incluso de mi madre. Cierta vez inventó el cuento de que lo había putiado un día que preguntó por ella y no estaba. Mi madre Juanita para complacerlo dijo que arreglaría cuentas conmigo y me dio tremenda paliza que me reventó los muslos de las piernas y del alma.

Maximiliano era uno de los guardias que había participado en el asesinato del loco Andresito Pimpollo, hecho que consternó a todo el pueblo. Tenía una fama de asesino brutal con las mujeres y en la feria de

noviembre siempre armaba grandes relajos con las prostitutas y maricas. En varias ocasiones había balaceado a cuanto individuo se interponía en su paso. En la malemérita rápidamente ascendió a sargento y desde entonces incrementó su nefasta trayectoria. De manera que en nuestro primer encuentro, aquellas miradas que entrecruzamos no eran más que un símbolo de los presagios futuros. Estaba acostumbrado a mirar de esa manera y para mí significaba un desafío a muerte. Cuando se quedaba en casa acostumbraba poner murciélagos muertos guindados desde los tejados hasta la altura de mi rostro, de manera que cuando despertaba eran los gritos horripilantes que yo lanzaba, mientras él se carcajeaba. El colmo fue esa vez que guindó la lorita casi descuartizada. No perdía ocasión para demostrar su aversión. Una noche que llegó emborrachado, tocó fuertemente la puerta, y cuando mi madre abrió, una tremenda ganchada recibió. Ella gritó angustiada, Maximiliano, con una sonrisa malévola se dirigió hacia el rincón y le continuó propinando zopapos y patadas.

Fue tal la cólera que me embargó que inmediatamente tomé la hondiya que tenía y lancé una pedrada con todas mis fuerzas, éste llevó su mano derecha hacia su cabeza y cuando se vió ensangrentado, con una furia de los once mil demonios se lanzó estrepitosamente contra mí, por mi agilidad no me pudo alcanzar y ese día fuí a dormir a la barranca más cercana. Me acostumbré a hacer de la barranca una guarida porque los pleitos y la buyanga se hicieron más continuos. Maximiliano se embrutecía cada día más y mi madre era el blanco vulnerable. En la barranca me acostumbré a pasar semanas enteras, la escuela qued legada a un segundo plano, era tal mi miedo a ese infame que temía me sorprendiera en la escuela, con su

fama y salvaje actitud había despertado en mí una especie de miedo, odio y rebeldía.

Otras veces nos íbamos con Chepe Piuta al río que pasa por mi pueblo, a bañarnos, fumar un cigarrillo y conversar de cualquier cosa. Me enseñó a jugar a la baraja: póker, pokerín treintayuno, fumando los delta nos sentábamos sobre los peñones hasta que comenzaba a oscurecer:

—¿Por qué ya no vas a la escuela? le dije en cierta ocasión.

—Me expulsaron.

—¿Por qué?

—Porque sorprendimos al director de la escuela con la profe Claudina—contestó.

—Hummm—murmuré (y continuamos jugando y fumando).

¿Y vos por qué ya no vas?— me dijo.

—Porque el marido de mi mamá me quiere matar— le dije.

—Arrancale los huevos— me dijo involuntariamente.

—¿Y los otros muchachos?

—Tampoco van a la escuela. El profesor nos odia profundamente.

—Deciles que vengan mañana.

Al día siguiente todos llegaron. Jugamos a las cartas, Fonchito Cangreja había llevado una botella de Tic Tac. Se la bebieron pero no se emborracharon y se fueron con el atardecer...

Esa mismo noche llegó a dormir Maximiliano a casa. Cada vez que lo veía sentía pavor. Entonces mi madre propuso un tregua para que hiciéramos las paces. De esa forma fue que volví nuevamente a casa. En la noche me hacía el dormido y me torturaban aquellos mujidos de faunos en la oscuridad... (—"Ese maldito guardia me las pagará tarde o temprano" —decía en mi pensamiento). Y así me quedaba completamente fondeado hasta que con el amanecer se despejaban las ideas y el nuevo día. El guardia salía a las 4 de la mañana tratando de romper rutina, evitar que lo vieran porque tenía muchos enemigos. Con mi madre adopté una actitud de mutismo, de rebeldía subterránea y ambos nos pusimos hostiles. Para mí no era ningún secreto la vida azarosa de ella, acepté dolorosamente esa realidad. En todo el pueblo se hablaba de los amoríos de la Juana Pelona.

El último sábado del mes de octubre llegó nuevamente borracho. Esta vez manejaba un yip de la Guardia Nacional, cuando parquió frente al andén, mi madre asomó su mano por el pórtico en señal que esperara mientras terminaba de darse el último toque con el lápiz labial. Sintió que su cuerpo se arrebujaba, mejor dicho, que ardía de una manera extraña. Cuando pestañeaba frente al espejo, aquellas miradas crujían, frente a frente ella y su imagen; ésta parecía ser en realidad la Juanita Monteagudo, la otra se desvanecía mientras se ponía sus corpiños. Las mujeres que acompañaban a Maximiliano eran sus viejas amigas, seguramente tendrían alguna parranda y mi madre se percató de que yo quedara en casa bajo el cuido de Genoveva, una ancianita medio santa, medio bruja.

En la oscuridad gelatinosa, Juanita temblaba desde que subió el peldaño del yip. Era una brisa tenue y afiebrada. Maximiliano rudamente le dijo:

—Apurate que se nos hace tarde.

Esa noche no dormí, pese a los ruegos y los cuentos de Genoveva. Un día antes, Chepe Piuta me ayudó a conseguir algunas cosas que necesitaba para llevar a término mi plan contra Maximiliano.

...Cuando descendieron del yip estaba en la pupusería de la Nena Rojas. Maximiliano, con esa actitud machista, inmediatamente pidió una orden completa. Margarita Chismuya y la Cheliana se encontraron con otros dos guardias que las esperaban. Pidió además una botella de Espíritu de Caña y comenzaron a beber. Se habría dicho que una de esas noches era la litografía del pueblo, con su bullicio, sus prostitutas, sus bolitos, sus mariachis. Los tragos de aguardiente y la euforia se fueron sucediendo en ese ambiente burdeliano. Mi madre con el deseo vehemente de lanzar una risotada. En la pupusería los mariachis hacían sonar sus instrumentos y toda la gente se paraba para gritar y brindar, mientras Juanita Monteagudo miraba el resplandor de una nube de mosquitos alrededor de los focos que iluminaban hasta la calle. De pronto se escuchó un estallido quebradizo y quedaron completamente a oscuras, los guardias desenfundaron sus pistolas cuando era ya demasiado tarde. Entre la nutrida disparazón únicamente pudo escapar Maximiliano, quien estaba totalmente emborrachado pero conservaba rasgos de lucidez.

Cuando llegó a casa, eran pasadas las tres de la mañana. Los descubrí por el zumbido del yip. Yo estaba todavía despierto. La puerta tenía una poderosa tranca, pero fue violentamente arrojada de una patada. Cuando entró únicamente pude divisar su macabra silueta. Acto seguido con una voz de alcantarilla dijo:

—¿Dónde estás hijueputía? ¿dónde estás? (y cerraba los puños en el aire con la pistola en la mano).

Así borracho, desgreñado, se dirigió hacia la cama y entre dormido y despierto en una jerigonza alcanzó a decir:

—La puta de tu nana está muerta.

Para mí fué un golpazo inevitable. Pero en realidad Maximiliano no se había percatado de mi presencia. Escuché esas terribles palabras y me quedé llorando en la oscuridad...

Cuando Maximiliano roncaba a todo estribor, abrí la gaveta de la consola y saqué dos poderosas bombas de mezcal. Se las coloqué en el resollar de su sueño, encendí las mechas y salí violentamente a la calle, una cuadra había caminado hacia la morgue del hospital cuando escuché un estallido que cundió el barrio a la redonda...

El unicornio y la niña oropéndola

A Julia Daysi

Acampamos. El sol comenzaba a entintar el bosque. Los combatientes desperezaban sus cuerpos para descansar y dormir. En el cielo los pájaros de hierro rompían el aire. Dispusimos las postas en puntos claves, en la lejanía humeaban todavía los convoyes militares. fue uno de los combates más fieros en lo que va de la guerra. Una emboscada sorprendentemente exitosa, de un momento a otro todos dormirán. Soñaremos, pensé... Era un día de invierno, en breves minutos pasó por el boscaje una niña con traje de oropéndola, volaba, no sé si me llamó, lo cierto es que ya no pude dormir, tomé mi fusil, mi mochila y la seguí en lo umbrío del bosque. Nadie supo de esa niña que montaba en un cusuco de alas nacaradas, y puse a volar mi pensamiento mientras la perseguía entre los montarascales. Nunca antes la había visto en el frente de guerra. Seguí el curso del riachuelo en sentido contrario hasta que llegué a un paraje de pinos donde el viento silbaba fuertemente. La niña seguía volando en el cusuco, a veces la perdía de vista pero los colores de su vestido eran relampagueantes así que pude distinguir hacia donde se dirigía, Posiblemente no se había percatado de mi presencia, lo cierto es que sonreía; entonces la montaña se expandió no sólo para dinamizar su sonrisa, sino para extenderla en los contornos del paisaje. Miré hacia atrás y la tropa seguía durmiendo; apuré el paso pero el

cusuco era más veloz que mi pensamiento, hasta que llegué al umbral de un sitio rocoso desde donde todavía podía divisarse la humareda de los convoyes militares dinamitados. Bastaría pronunciar una palabra para que aquella mujer reconociese mi rostro y lejos de tironear las riendas desmontara. Pero cuando hube bajado los escarpados farallones, el rumor de un río se hizo evidente, apuré el paso entre aquellas losas de piedra, aquellos montículos y tubérculos propios de un lugar agreste y húmedo, la perspectiva de aquella mujer se amplió a mis ojos y en el primer recodo próximo al río ví que el unicornio estaba amarrado en un arbolito de manzanas pedorras.

Ella estaba completamente desnuda bañándose en el río, sus trenzas estaban húmedas y florecían en la orilla del agua, un olor a corozo y güiscoyolares perfumaba el ambiente, entonces me acerqué a ella, y cuando se percató de mi presencia volvió su rostro hacia mí, en ese preciso momento alguien dio la orden de continuar la marcha, en la alucinación de aquel viaje del que nadie se había percatado, la tropa se desperezó, tomamos nuestras mochilas, los fusiles y continuamos la marcha.

Por la tarde recibiría la noticia sobre la muerte de mi compañera.

Carta del Poeta Legas al Escribano de la Quijada

Querido Primo:

Reciba un gran abrazo desde las tierras del cacique Tequenahua. Tengo el placer de escribirle sobre unas hojas de caimito que me encontré a falta de papel de empaque; los manuscritos los he transcrito en la culata del fusil, para que no se me olvide. He adquirido la lepra de montaña y los compas han tenido que hospitalizarme. Un sombreado de árboles rodea la clínica, un río al lado y las enfermeras son unas cipotías quinceañeras, a la sombra de su juventud florezco. Los chontes todos los días cantan, hay variedad de pajaritos en el vergel de Guazapa: desde las tortolitas, los guardabarrancos, las chiltotas y el famoso pájaro guas, tierra sagrada, traducido poéticamente quiere decir "esplendorosa tierra del pájaro Guas"; cantamos en coro, y además, una cipota canta como un pájaro, le dicen o se llama Florinda Realegeño, cuando canta llueve o truena, suenan los vergazos de los combatientes "óii—dicen los pobladores—están aguantando pija los chuchos!", la gente es muy sabia, todo es música aquí, las parrandas las ameniza nuestra cantora, las sabatinas son alegres, pachangosas como dice el *vox populis.* Todos los sábados, son de fiesta, y siempre que hay combates, es decir, todos los días, usted puede bailar con las cipotas más lindas de este frente de guerra. Mientras Florinda canta se venden nuegaditos en miel, turroncitos de

poliada, tamales pisques, refrescos naturales de todas las variedades, ponches de maíz tostado, salpores de maicillo, arroz en leche, pasteles de carne y otras variedades. Los combates son recios, el sacrificio en la guerra extraordinario, lo cotidiano se vuelve deslumbramiento, sobretodo cuando lo invade la música de las muchachas que cantan al roce de sus piernas, de sus enaguas y sus miradas de río; ellas saben expresar esa música en los combates, como enfemeras en los hospitales de campaña o cocineras en los campamentos. Cada cipotona de estas tiene que tortiar no menos de 350 chengas en cada tiempo de comida, son astutas, saben sacar música de los hornos y comales, tienen la particularidad de comunicársela a los combatientes, por eso se mantienen fornidos y entusiastas. Otras se dedican a la propaganda escrita y voceada, la propaganda escrita la va a encontrar en cada piedra del camino, en las veredas, en las cortezas de los maquilishuat y las ceibas; en las cercas de piedra, en los ojos de agua, con sus consignas según sea el momento de la lucha. Aquí los músicos abundan, porque hay música en todo lo que se toca, así como hay poesía en todo lo que uno mira y palpa. Los primos combatientes hacen ritmo de sus marchas, van al combate cantando o bailando, somos plenamente musicales; y tal como narra Gonzalito de la Gonzalera en sus chabacanadas, me contó que en los campamentos cuando todos duermen y uno hace la posta, entre la oscuridad de los follajes y el frío de la madrugada, se escuchan verdaderos conciertos de pedos que la música de cámara de Stravinsky se queda chiquitita; no hay babosada, todo fluye con musicalidad; "por eso el espíritu de nuestra raza es indoblegable, porque supieron encontrar esa musicalidad hasta en la hora de echarse los gargajos o el trucús trucús de la chicha más sabrosa del mundo". Es extraordinario cómo todas las mañanitas cantamos el himno nacional y el de nuestro frente de lucha, con ardor, con valentía, y sobretodo hemos aprendido a escuchar permanentemente el canto de Florinda la primita que me tiene loquísimo loquísimo. En las tomas de los pueblos las cipotías con sus megáfonos de hojas de guarumo enrolladas hacen agitación para que se rindan los guardias y soldados o para que el pueblo se incorpore a la lucha. En los actos culturales no falta la música, sobretodo amenizada por "Pueblo Insurrecto", o los "Rítmicos del Trópico". Estos conjuntos musicales interpretan toda clase de música: desde las rancheritas del norte, las folklóricas, tangos, tuist, y hasta el jazz contemporáneo; por eso también que entre los combatientes escuchamos música de protesta, El Machete Encachimbado, El Carbonero o música de los Moody Blues o George Benson; por ejemplo Gonzalito de la Gonzalera es fiel admirador de Chuck Mangione y de los pitillos de don Gumersindo Realegeño. Cuando se les revientan los cordajes a las guitarras y los chelos, las hacen de un bejuquito finísimo que se llama "templadito", que es una planta silvestre que crece en las alturas de Guazapita; también hacen pitos con forma de gallitos, palomitas e incluso de grandes mandarrias semejante a la de "El Artillero" (Farraluque salvatoriense famoso en los condados de Occidente y del Frente de Cuscatlán); violines y contrabajos confeccionados por Juancito Cabañas, es una artesanía que practican algunos combatientes de las zonas cercanas a Honduritas; flautas e incluso el caso insólito de un trombón que hizo nuestro gran payaso cuscatleco Jeremías Tetoco, elaborado con los caños de los rocketts que lanzan los aviones financiados por la

administración norteamericana; el tambor lo fabrican con cueros de vaca, y cuando escasean sustituyen por el cuero de la tilapia que es un pescado de las profundidades de Suchitlán. La vez pasada le comentaba que todos los cipotíos tararean la Juanita Duende, hoy no sólo la cantan sino que además la bailan. Guazapa es una ciudadela de chiquirines y chicharras, en los meses de marzo, abril, se encaraman en los güiligüistes, en los mamoncillos silvestres o en los cambrayones. Las ranas croan y cantan, la culebra zumbadora y la cascabel. La Masacuata siempre estuvo bien templadita desde que comenzó la guerra, los venados en los montarrascales de Joya Helada, los colibríes y los dichosofuís; ríos y lagos, chipilines y güisquilites; por eso comprendemos a la Florindita Realegeño cuando se pone a cantar con las gallinas culecas o las guacalchías, la belleza de ese canto es el que nos mantiene vigorosos, la pura "leña rolliza", como dice el comandante Raúl. Desde los tiempos antiquísimos siempre tuvimos cantores y escribanos, poetas y guerrilleros, Azacualpas y Tequenahuas. Dicen que el cipitiyo era un famoso cantante, tan famoso como el gordo del Guanabambú o Pablo Ríos , e incluso más populacho que Elton John. Según narran las leyendas y los cuenteretes del Poe de la Quijada algunas de estas canciones fueron rescatadas por el Brujo Calvo, el mismo cipotío que se va a la ribera de los ríos no sólo para cantarles bellas melodías a las cipotas lindas, sino también para lanzarles florecitas de ixcanal y enseñarles la charrita mientras canta, canta. ¿Qué le parece querido primo?

La Florindita está enamorada eternamente del cipotío combatiente. Cañorro Gómez/ César Panza Diule/ Miguelito Parapeto/ Chepito Mandarria/ Jacinto Ratoncito/ Trompezón/ Chepito Cancún/ Tetoco/ Marcelino Currutaca/ Roberto Picasso/ Cusuco/ Pindonga/ Chancaca/ todos son apodos pronunciados musicalmente, a veces sin darnos cuenta en los contornos de Guazapita Zumbaduro. Están también las flautas de carricillos de bambú, el silbidito picaresco haciendo una V con el dedo índice metido en la bocatana etcétera.

Los cipotíos, por ejemplo, en las escuelas han aprendido a pintar sobre las piedras, con tinta de tempate y del añil; la misma cipotada que fuimos cuando le dimos fuego a la Carpa del Circo de Firuliche, todo porque nos zamparon de coicos y pescozones cuando estábamos vigiando a la cantante Rosa María nieta de Alí Babá según los rumores del pueblo, pero que en verdad era una viejona como con cinco llantas y dama de Firuliche; le dimos fuego a la carajada y tuvimos que escondernos como jugar al ladrón librado o aprieta canuto en el río del Acahuapa con la pandilla que comandaba Chepe Rodas y nos ponía a todos a competir para ver quién terminaba primero en volarse la chaquetiya, era entonces la viva joda de Hugo Rojas/ Tincuto/ Conejo Daniel/ el chele Coloradiya/ Carora/ el chele Peperé/ el chele Papaya/ el negro Siete Cabezas, el único que se encaramaba en la torre de chentilandia siempre que había cambio de gobierno municipal. Son los mismos cipotes de ayer, hoy llenos de futuro. Los cipotones que desde que aprendieron a jugar mica no se dejaron joder y siempre tuvieron piedras para lanzarlas, señores tetuntazos en el paisito más chiquitito del mundo. Los mismos cipotes que a puro huevo han aprendido a hacer los tatús que atraviezan de cerro a cerro, con varios kilómetros de largo y suficientes metros de profundidad para protegerse de los bombardeos masivos. (Avivá mono cabeza de

güizayote nos decía la abuela y daba un jalón de oreja haciéndonos la carrera del mico, en el mejor de los casos). Los mismos cipotes chorriados que hoy se gradúan en el combate diario, en las tareas cotidianas que exige la electrónica, la carpintería, la hojalatería, las comunicaciones radiales, los talleres de explosivos, la milicia, la autodefensa, la producción de guerra (que incluso hemos tenido que implementar siembras en la noche porque los bombardeos no cesan contra la población civil). Los mismos cipotes mocosos que en sus juegos diarios realizaron maniobras militares con sus fusilitos de madera. Después de todo lo que le he narrado, todavía estoy escuchando las canciones de la Florindita Realegeño, estamos en las alturas de Nance Verde y ella parece que está en el cerrito El Jiote, comienza a cernir estrofas de su canto, con la lluvia o el viento como le decía; también cantan los gallos en los albores del futuro; la Florindita canta y es nuestro ejército guerrillero que va al combate, se siente también el olor de las sabrosas quezadillas de la niña Tencha, los caimitos, los nísperos maduros, el olor de los guayabales y de la pólvora...

Hasta pronto querido primo

Variaciones musicales sobre el Clavecín del Poeta Legas

...En mis ratos libres he estado haciendo algunas adaptaciones al clavecín Triumph, El Tonic Sol-Fa, es el principio elemental, algunas orientaciones me dió el clásico de Chentilandia don Napito Floripondio en aquellos años de estudiante. La mejor forma de unificar las tonalidades es escuchar en la mañanita el tropel de chontes y colibríes, lo que me trae, a la memoria la casa de mamá Chon en Cutumay cuando iba a comer mangos y jucumicas a la poza del Sisimite. De esa manera he podido coordinar todos los acordes: leer, escrivivir e interpretar música al mismo tiempo. Mi maistro Napito decía que muchas veces los tonos musicales están estrechamente ligados a los rituales religiosos, a los menjurges sazonados trimalciónicos, a los talaguaytazos, a la hora de hacer el amor, a la curación de enfermedades que la ciencia moderna considera incurables; lo que recuerdo es que cuando estaba escribiendo los poemas o narraciones en la casita de madera en el Barrio El Tigüilote, cuando vivía con Juli y los cipotíos; ella siempre amanecía con un chontío en sus labios como Alice Shaw (la bella Siffleuse) mientras yo escribía; la magia de La Maga, melodías interpretadas en sueños; Música de Sueños; de lo que se trata es que estos circuitos neosanguíneos de las canciones no sólo hagan vibrar a quien ejecuta los acordes, sino a los mismos protagonistas de los cuentos o narraciones, dejar que dancen alrededor de los tambores, los

flautines, los pífanos tercera grave en re, los trompetines pistoneados de sol, flicornios, las gaitas o los carrizos de caña brava. Como les decía la vez pasada sobre Cachinflín el mulo que iba cantando rancheras de Pedro Infante, inspirado en la hermosa yegüita de Germán el de Abastos, ese día que se estaba atipujando todos los depósitos de miel de purga ¿Y qué sucedió? Que al pobre mulo se le quebró la columna cuando llevaba en el lomo al comanche Gonzaga, porque sencillamente comenzó a danzar, a silbar, a moverse estrepitosa y lujuriosamente.

Estos animales generalmente comienzan a combinar compases binarios en el pentagrama del viento, con los ternarios de los árboles, silbiditos agrestes, puntos correspondientes entre la mula (Serafina) y el mulo (Chachinflín).

Los Insurrectos que dirige Pedrito Guerrero Currutaca son sonetes de tambores, matracas, silbatos de peineta o de semilla de paterna, o de hojas de culantrío, soplan el viento como un recorder, o el agua del Suchitlán, o las ninfas que crecen entre los arrozales; la música guerrera en cada corazón combatiente; matracas confeccionadas de calabacines, de cutucas de morro, lo que le da cierto carácter de tenor y contratenor.

De las adaptaciones que he hecho en el clavecín, al teclear la j por ejemplo salta a la vista Dizzie Gillespie el patriarca del Bebop, Chano Pozo, el jazz de Mac Dowell, de Calixa La vallé, el saltarín meniadito de Toñito Buco en las carrozas dicembrinas de la ciudad de Austria y Lorenzana. También escucho la música de Benjamin Franklin, Roberto Bacon, Louis Armstrong, Charlie Parkier El Perseguidor, Los Torogoces y el tambor de Salvador Mendieta.

En mi pueblo hay un barrio que se llama el Cumbo El Cuchumbo, la callejuela del sartén de lata, en lenguaje musical otros la llaman la Tin Pan Alley; la primera vez que fui al Cumbo a visitar a mi gran colega Marcialito Azurdia, me invitó a comer jocotes corona; nos fuimos por una de esas vereditas del sartén de lata y desenterramos una tinaja del mejor chaparro marca trompezón en el mero chunchucuyo, conversamos de muchas cosas, de sus viajes, de nuestros gustos musicales, de grandes amores y de literatura. Me gustaba conversar con él, en ese tiempo tenía aproximadamente unos 50 años, su mujer una campesina, sencilla y pudorosa de 23 abriles. Era sobrina de Cirilo Granadeño mi gran compadre cuscatleco del Cerrito Ramírez. Nos sentamos al centro pizarra que va chimbomba, rodeándonos con el jardín y bajo esos arbolones de jocotes corona. Así estuvimos hasta perder la noción del tiempo y del espacio, hasta que se levantaba, en pleno mediodía, con una linternilla a alumbrar el sol, como Diógenes en la antigüedad —decía— buscando a sus musas melodiosamente caderiles y pierniles. La luna caía bellísima sobre las metáforas de jardín. Al día siguiente fuimos a la molienda, sabrosa espuma, batidos con pasitas de uva silvestre, gallinita india en el almuerzo y después de una sabrosa siesta en una de las hamaconas del patio nos pusimos a beber cafecito caliente y Azurdia comenzó a leer hermosos poemas y canciones, incluso un fragmento de pieza teatral.

La armonía que desprende este tecleo, los suites y los juites, el Mikado de Sullivan hace redoblar todos los acordes, break break *incide también en la maestría de escribir, la acupuntura de escribir es como charlar, libre conversatorio armonía ritmo verbo, marca Jasbe Brown; de ahí que he tenido que salir a la calle a los bares a los mercados*

a los basureros a las pavorosas casa desusadas, donde la Toña Albahaca y la Canchona, etc., etc., para recoger la argamasa de cosas: silbatos, matracas, tamboras, botellas de vidrio, cuchumbos viejos, cajillas de gaseosas, pitos de barro, bocinas de carretones de minuta, y tener que ensamblar los sonidos que puedan dar una percusión maravillosa como la que soñaba nuestro querido amigo Jeremías Tetoco, sonidos que den el banjolín, el trompetín con sordina; a veces la escritura nos sale sucia, desentonada, pero es parte de la mostruosamente bella orquestación de la vida. Sería como preguntarse quién es el mejor músico del universo? ... tendría que poner en primera fila a Ray Charles, Paul Whiteman, Handel con sus únicos contrincantes Paquito Palavichini y don Gumersindo Sambomba el de la Sony Ritmos. Conversando con Gillespie en el Metropolitan Opera House me dijo que en cuestiones de música él siempre tenía que asociar a Stravinsky, Bartok y Schöenberg a su mostruosidad celestial. Duke Ellington es el paralelismo cosmológico de Liszt.

...Ahora que recuerdo mi abuelita estaba en éxtasis, esa vez que enrollaba sus pureques "patecabro", entre los ebúrneos colochos de humo y el borbollar de las chilipucas. Yo venía contentísimo de la escuela con mi bolsoncito de dril y pasé por la plaza de la Coney Island Park de San Virulo, me compré un pitiyo de palomita de Ilobasco y entré intempestivamente en la casa tocando un jazz Stick, por supuesto acompañado por la tambora del Pichirilo Amado; en esos precisos momentos la viejita agarró el manojo de chuñas y me los lanzó, sacó un chiliyo de sus faldones y me dijo: —¡dejá de estar haciendo tanto ruido mono pendejo!

(...Balzac en la mañanita se levantaba pulcramente vestido con su batín blanco, su pluma de cuervo y sus tazones de café; murmuraba sensiblemente la música de Josquin Des Press, y cuando terminó su Papá Goriot se

empinguinó un Jubilus que pasó más de un año entonándolo. Joyce interpretaba la música de Eddie Furey y John Bowland).

...es como rascarse el corazón con una nota musical o como rascarse la punta de la pirinola con una nota musical!

(ja!) esto lo dijo Nathaniel Gyles en 1558 cuando interpretaba una pieza en la Sixtina y el Papa le preguntó sobre la comparación de la música. Fue decapitado y quemado vivo.

Geoffroy Chaucer era un gran músico de Virginal, y a propósito decía que él compuso su harpsichord con plumas de aves que trajo de las islas de la Martinica, púas de cuero, cantos de guaras y chiltotas de río; punteaba un ala de pájaro y el juncal del río, hasta llegar al frenesí de un retañir". Y continúa: "Byrd me enseñó que la clave de la música es cuando el mar está embriagado, o la montaña está embriagada de pájaros, o cuando unas piernas de mujer se contraen en la musculosidad de un ensueño" ... "cuando traje las 50 mil güeras y armé un zafarrancho en el barco, creí que había sido una idea descabellada. En casa las puse a cantar, a musitar o a gruñir ensamblando el canto de los pajarillos del bosque, y comencé a observar que cada cuerda bucal se contraía con un ritmo, como si levantara cada tecla de madera del barco, era realmente como frotar un pájaro en la cosmovisión incandescente de un amanecer infinito!".

"En la guerra no sólo aprendí a escuchar el trompetín a la hora del combate, sino que me familiaricé con todos aquellos sonidos que emanaban de los ríos, de los lagos, el mar y la montaña. De las cabelleras de mujeres que sólo existian en nuestros sueños, en el campo de batalla brotaba una emanación musical que

siempre me mantuvo con la moral en alto, presto a lanzarme al combate más encarnizado, a la victoria o a la derrota. El trotar de los caballos, su piafar, o las lágrimas que caían del rostro de los soldados, todo tenía una musicalidad que comencé a asociar en la soledad o en la alegría, con los destellos de luna entre los ramajes, con el canto del grillo o la voz de aquella mujer de mi vida que me esperaba al otro lado de Canterbury..."

El ejemplar que estoy construyendo no tiene pedales, porque esto hace modificar el timbre del sonido, de lo que se trata es que salga a flote como las palabras, las frases o los trozos literarios. Que los poemas sean como las incrustaciones de conchanácar en el mar; según el principio de las persianas del viento; que las ideas coincidan musicalmente conforme el tecleo se va prolongando. Frescobaldi con su frescura; Scarlatti con sus escarlatinas; el cruce de manos de acuerdo al tecleo que se va prolongando a lo que se quiere poetizar, musicalizar. Tocar el sonido con las ideas y la musculosa vibración de nuestro ser" *Voltaire también escribía con música. Y dijo* "El sonido es clave cuando los dedos han comenzado su batalla"... *Hay que golpear fuerte, no hay que permitir que los sonidos naufraguen, si esto sucede las palabras mueren, de ahí que los mediocres nunca tienen tiempo para luchar. Soñar, y fueron más de un centenar de maistros, organistas ebanistas que hicieron muchos ejemplares, hasta dar con el punto* clave. *Si no que lo diga Hugh Aston. El maistro del pajarito de Quezalte. La Marsellesa de la guerra es la vida! La poesía es una espada en tus manos... Como Ud. sabe, hay que ser previsor: le envié unos centavos, no sólo para el elíxir necesario, sino también la encomienda que me consiga unos manuales; éstos los venden en la ventería de libros usados en Masaya, 4 cordajes para cada teclado, 2 de altura normal, una*

para la décima inferior y una para la octava grave que coincida con el tabulador; necesito además un juego de cuerdas normales de octava superior para hacer funcionar vibrátilmente los números (estos están en clave, y si bien es cierto que el ojo del águila va más lejos que el del hombre; el ojete humano va más allá de los infiernos sensitivos de la musicalidad). No se le olvide que uno de los juegos de cuerdas de altura normal, el otro a la octava inferior, se hacen funcionar con el teclado más bajo (ó sea z, x, c, v, b, n, m, ?, /, $, &). Si logramos hacer una combinación logarítmica podemos usar no sólo los 4 juegos de cuerdas, sino también los manuales y el teclado completo. Por ejemplo: la triumph da sonido laudoso; *en primer lugar si Ud. se pone a ver el paisaje de un rostro femenino, teclea, hace un sorbo, luego otro buchito; a las teclas únicamente le pone el paño de las yemas, de manera que sea la trasmisión supersónica de la vibración molecular, no ó sea, porque entonces sí la caga. Ah! y no se olvide pasar donde la niña Andreyita Chinchintora para que le entorche los cordajes de cañafístula. Dos o más cuerdas por nota es la clave!*

...pensando iba yo en mi hermosa invención (afinando mi oído baquiano); pensando decía en el cambio de los plectros de las claves, cuando me encontré en el murmullo del cine París: Batallón Tornado Reacción Inmediata, los Gritos del Silencio y otras vainas que mezclan la violencia el binomio del degenere de la Casa Blanca y el Pentágono. La electrónica salvadoreña siempre comprando pedacera, vendiendo hierro y cal deshidratada; zapatías pullman anunciaba un chuchito aguacatero que está mordiendo precisamente el hambre de los transeúntes que pasan con los ojos almidonados en las vitrinas de los almacenes. Un instituto de Asistencia Psicológica habla de tratamiento de desajustes mentales, emocionales y

sociales (ja!) son los mismos psico (locos) asesores de la GN; el doctor Gustavo Torquemada dice que está en capacidad de curar enfermedades del corazón en niños y adultos: nueva dirección Condominio Médico No. 2. Cardiólogo (Yo le recomendaría que le fuera a componer la pendonda al negro Siete Cabezas)! USA TOURS (¿no tiene dinero para viajar?) USA TOURS se lo resuelve por avión: Requisitos: Pasaporte listo, teléfono y dirección responsables en EE.UU., dar 10 nombres de sospechosos subversivos. Le esperamos en el Edificio Panamericano Local No. 411, esquina opuesta al Hospital Bloom (¿Qué me dicen de esto señores di PUTA dos? Señores Magister de la Corte Suprema de justiCIA?) ¿no les parece que es una ganga irse a hartar enlatados meats dogs al mero Washington City? Alguien llegó a mi pocilga a ofrecerme azulejos de calidad y clossets modernos con puertas metálicas a precios sumamente económicos. La verdad es que estaba comiéndome las uñas, pero por poco me dá vómito cuando comencé a leer una especie de manuales que me dejó un agente vendedor que andaba con las nalgas remendadas y el corazón rotoso! Se necesita Pastor Evangélico, Requisitos: de buen testimonio, Disponible Tiempo completo, Ungido por el Espíritu Santo para residir en Oratorio aledaño al Cerro Guazapa. Interesados pedir cita al teléfono 25-89-49. Necesito además, Secretaria: que tenga experiencia mínima 3 años, magnífica taquígrafa, mecanógrafa, dispuesta a trabajar de noche en protoculo y con bonita fisonomía. Interesadas remitir su dirección y currículon a la Caja 9864, La Prensa Gráfica. El Papa hace penitencia, recorre descalzo las calles de Roma. El presidente de los EE.UU. afirmó que el Papa "apoya plenamente todas nuestras actividades en América Central" URGENTE! SE COMPRA SANGRE POR MAYOR Y

MENOR, INTERESADOS LLAMAR AL HOSPITAL MILITAR. SAN SALVADOR, COLONIA LAS ROSAS.

...Pero estábamos hablando de Ian Anderson, Led Zeppelin o de los Rolling Stones. Más bien creo que era sobre la teoría clavecínica. La música da lugar a combinaciones maravillosas entre la plástica la literatura y otras ramas de arte. La cuestión está en conocer el método. Por ejemplo:

Tonalidad	*Instrumento*	*Plástica autor*
Fa sostenido mayor	*flautín de Don Gumersindo Realegeño*	*Violeta purpúreo*
Re bemol mayor	*flautín de Ian Anderson*	*Conchanácar metálico*
Si bemol mayor	*Ray Charles (rojo ladrillo)*	*Rosado naranja*
Do mayor	*Trompetín saxo Palavichini*	*verde mate*
Re mayor	*Tambora de Pichirilo Amado*	*musgo embetunado*

etc.

Goethe dijo: "el sonido y el color son como dos ríos que tiene su origen en la misma montaña, pero que después siguen su propio curso bajo condiciones completamente distintas de tal manera que a través de todo

su curso no se encuentran dos puntos que puedan ser comparados."

Todo esto está en relación con la vibración del cuerpo sonoro, con la musicalidad del pensamiento, de la acústica y el diapasón que le demos a nuestras pilas literarias. Mozart tenía un piano afinado en La 421,6; El Poeta Legas—tiene su vozarrón a esta misma altura y sus poemas los afina en La — 1,001.009 (diapasón bajo de cámara) Punto.

Ramiro era un Clausewitz en el Frente de Guazapa

...Ramiro, por lo consiguiente: era jovial, precoz en su sabiduría militar. Lo conocí hace años cuando trabajábamos en las milicias en el Metropolitano. Teníamos una profunda amistad, y recién llegados al frente vivíamos en la misma casuchita en Palo Grande. Era un Clausewitz en el frente de Guazapa. En la noche, después de las jornadas, discutíamos temas sobre el amor, sobre la experiencia miliciana. Me contaba que tenía una mujer miliciana. Me contaba que tenía una mujer y un pequeñito, y que desde hacía años no los veía, que incluso no sabía de su destino, porque ella en aquella época era una miliciana que se quedó en el Metro, cuando él tuvo que emigrar a la montaña para continuar su preparación militar, y que al regreso, después de dos años, no la había encontrado.

—Puede ser que esté en Morazán o en el Sur Oriente—me decía.

...No lo sabía pero tenía la confianza y entereza que estaban vivos.

...Siempre que había combates y toma de pueblos, regresaba con alguna cintita de máquina de escribir, resmas de papel de empaque o lápices de colores para que hiciera mis dibujos.

—Te conseguí esto —decía—, para que le sigás dando manivela a tus pilas (y sonreía). Así era Ramiro. El joven de los ojos verdes.

En las mañanita nos íbamos al Chalchigüe, yo con mi libro bajo el brazo, él con su mochila de recuerdos. Le gustaba contarme chistes de Pedro de Urdemales y del famoso Quevedo. Era genial. Nunca perdió el humor. Era extraordinario para los chistes: un día me contó que a su tío don Nicomedes le sucedió una extraña experiencia. Tenía un burro galán, y todos los días viajaba en el mentado burro hacia el pueblo vecino. Que además de remozar sus cuarentipico de años, le gustaban las bichitas de quince. Me dijo que cuando su mujer cumplió los cuarenta, la cambió por dos cipotonas de 20, y que el viejo se mantenía siempre lozano. Era ambicioso y poseía el vicio de chupar. Creía mucho en l espiritismo y en la Prueba del Puro. Un día (continuó narrando), ya entradita la noche, pasó medio a pichinga por el río Azacualpa, en eso se le apareció el cachudo, cuando lo vió no dejó de asustarse, pero se mantuvo sereno y le dijo don Nicomedes al mentado cachudo que tres placeres en la vida era lo que más necesitaba:

Uno: poseer una hermosa mujer que no envejeciera nunca.

Dos: tener suficiente plata para comprar todas las tierras del valle y así poder viajar en avión, y visitar la placita Garibaldi.

Tres: ser socorrido como el sexo de la bestia que montaba, que a cambio de ello le daría su alma a la hora de petatiarse.

El cachudo, ni corto ni perezoso le dijo que al atravesar el río sus deseos serlan cumplidos, y efectivamente, como por arte de magia los tres placeres se le hicieron realidad, sólo que don Nicomedes se

quedó estupefacto echando putiadas al atravesar el río; sencillamente porque ese día se le había olvidado que el burro había amanecido con gripe, y que se había venido montado en la mula risca.

(Y se tiraba las carcajadas...)

Cuando le pregunté por su tío Nicomedes, qué había sido de él me contesto:

—Ahí está trabajando en el equipo de Abastos con Chilano.

(y los dos nos sonreímos socarronamente)...

Así era nuestro querido compañero Ramiro. Un tipo jovial.

Al día siguiente de la emboscada del 28 de abril, cuando llegamos con Aparicio Seretal a recoger su cadáver, tenía una sonrisa a flor de labio...

Mi madre andaba también en la luz

Cuando regresé al hogar,
el cielo incendió su última esperanza...
—Jonathan Swift

Tenía quince años de no ver a mi madre. La clandestinidad nos había absorbido en un intenso trabajo. Regresé al hogar ansioso de encontrar aquel regazo que en la infancia creó un universo: sueños de pirata, de soldaditos de plomo, del gatito juguetón. Los transeúntes serían otros, habrían crecido y madurado, quizás como padres fieles: encender el televisor después de la cena, preparar a sus hijos para el colegio con sus dieces de conducta, prodigarles una vida común, alegre o solitaria. La costumbre habrá engordado en esos rostros que ayer fueron adolescentes y tuvimos las mismas inquietudes, sueños y aventuras... Regresé al hogar, abrí la verja de hierro, los árboles estaban en su mismo sitio, me saludaron y reverdecieron cuando escucharon mis pasos. Pensé en la muerte de mi padre cuando aquel aluvión Fifí sacudió la angustia del pueblo. Los libros estarán en el pequeño anaquel, todo estaba en su sitio, hasta el sonido de las viejas cacerolas donde mamá freía los frijoles. Todo. Los sueños tendrán barba —pensé—. Abrí la verja y sus goznes chirriaron de una manera asombrosamente misteriosa, recordé aquellas canciones de John Lennon, la novia que vivía en el pueblito vecino y las tardes de pan de maíz mientras mirábamos los trenes, los viajeros sin regreso... Chente Piruja con su patita renca y su casco inglés ya no

pasaba por la casa con sus dulces de botellita, ni la sombra de Evelia mi hermana que murió en el manicomio de la ciudad. He llegado con mis cabellos sueltos, con mi barba y mis zapatos rotos. Nadie sale a recibirme. Mi tío Elías murió hace cinco años y su taller de carpintería está intacto en medio del jardín. La cipota que vendía flores de colasión dicen que se volvió loca. Las putas sifilíticas que vivían enfrente del hogar nadie las visita. He llegado. Tengo unas perras ganas de cantar y de bailar incluso con mi sombra. Desde el fondo veo que todas las cosas están sorprendidas. La gente pasa como fantasmas por la callecita empedrada, trotan las mulas con sus tambos de leche y Chente Pelota ya no pasa con su gorrita arzobispal como el primer día de mi deslumbramiento. Mi madre está sentada en su taburete hablando consigo misma. Entro con mi corazón de niño, la abrazo tiernamente, la beso. Ella me palpa con su ceguera y me dice shhh shhh no hagas mucho ruido que tu papá se puede despertar, tomate la taza de café y te vas al jardín a jugar con tus carritos de madera...



El prisionero y el verdugo

En el fondo, el verdugo y el prisionero se miraron profundamente. Los ojos del muerto habían desbordado sus órbitas. Frente a frente y un miedo helado recorrió el cuerpo del verdugo ante aquella mirada penetrante. Daba la impresión que la batalla no había concluido y que el verdugo, pese a poseer las ventajas del oprobio, vacilaba...

—¿Te asusta la idea de morir?— murmuraban las paredes del calabozo.

...el verdugo estaba acorralado con su miseria. Como una rata acobardada hizo una mueca y sus ojos parecían bolas de billar: destilaban una cobardía inaudita; comenzó a evadirse hasta que se vació de su poca humanidad. Lanzó un alarido, vomitó, pero aquella mirada era tan desafiante:

...el verdugo volvió a escupir, bebió un trago de aguardiente y en un ataque de miedo se pedorrió. En sus gastados tímpanos (acostumbrados a los gritos más horripilantes), escuchó allá desde el fondo una voz amenazadora que le gritaba:

—Te estás cagando de miedo perro de mierda!

El silencio, en el calabozo, se hizo sangre...

La miliciana del río

...Tenía unos días de haber ingresado al Frente de guerra. En uno de esos encuentros de trabajo conversamos largamente con Charlie Clemens sobre las tareas que había que realizar. Decidimos trabajar con Marianella sobre los estragos que causan los bombardeos aéreos. Para ello, haríamos un recorrido por los contornos de Guazapa, recoger toda evidencia, tomar fotografías y escribir un informe breve y sustancial. Nuestra primera entrevista sería en Colima, y para viajar decidí prestarle la mula al compa Germán Buenaventura, encargado de la producción de guerra.

A trotecito lento inicié mi recorrido por aquellas colinas espesas, subiendo y bajando cerros, entre el murmullo de los ríos, el canto de los pajaritos y los disparos que entrecortadamente se escuchaban a lo lejos. Era mediodía y el sol se ponía al rojo vivo, de manera que había que sudar, y efectivamente sudamos la argoya con la mula. A unos compañeros que me encontré en el camino les pregunté por la vereda que conduce hacia Colima y continúe viajando. En el recodo de un río profundo, ví a una muchacha miliciana que se bañaba casi desnuda. No alcancé a descubrirla con mis ojos traviesos, pues la muchacha inmediatamente se dio cuenta de mi presencia y se escabulló entre los tubérculos y bejucales. Ví únicamente su silueta acuática porque los pliegues del río imprudentemente la desvelaron a mis ojos. Traté de no fijarla en mi pensamiento como esas fotografías tipo kodak, sino simplemente una muchacha combatiente que se bañaba

en el río ¿su nombre? ... quién sabe como se llamaba, podría ser Teresa, Juana o Eurídice. El cielo tenía un entretelón de lila claro que se reflejaba en el fondo del río; mi mulita rebuznó y simplemente siguió el sendero que conduce hacia Colima... En mi travesía reparé que en el río estaba, además, una anciana que podría ser su madre (lavaba): y sólo recuerdo que la señora me saludó y me dijo "—Que le vaya bien don fulanito".

En mi cabeza no podía caber la idea de que esa anciana tuviera hija tan bella. Ella debió ser también hermosa cuando era joven —dije—, pensando en la cipota miliciana.

..."La vida es tan breve como una brizna de sol —pensé—, y se desvanece como esa presencia fugaz. Pero cuando esas alucinaciones son reales en la guerra, la vida, por breve que sea, es infinita."

Clerigus Salvatorus

...Pues sí: siempre les dije a mis feligreses que estaba enfermo. Anoche me puse a recitar en el Tedéum, pero esas voces cristalinas palaciegas de las chavalitas de tintes boreales, bellísimas. Esa es la razón. Vino el doctor Mendieta mientras leía La Prensa: noticiones sobre los terremotos, invasiones, aplausos sobre la agresión extranjera —¡Púchica!— Si fue el terremoto que destruyó los dinteles encarnados de la Capilla cuando el padre Agustín Carvalho reunió a los Sertoneros en esos campos achicharrados por el sol y pasaron nada menos que sesenta años construyendo estos Altares donde resuenan las cantorías pontificias, en el verano estival.

El doctor Mendieta me dijo el reposo, la soledad y el olor de los crisantemos debajo de la almohada para descansar. Son las procesiones y los santos óleos los que me han hinchado los pies, continuos ataques de taquicardia después de aquel gran susto, racha de males que se entrecruzan, como esa turba divina cuando embocaron la calle de la colonia Los Cerros... Pero aquí hay un agujero, por lo menos creo que entra la luz encarnada. Desde aquí puedo ver el alboroto de las turbas, La Prensa haciendo mi defensa, porque abundan las vociferaciones, los aullidos vaporosos entre el sueño y la vigilia nocturna... Ahora alcanzo a comprender por qué me tienen encerrado, precisamente a unos pocos días de la Entrada Triunfal del Sumo Pontificio, de los Dignatarios del Saber que vienen desde Persia o Estambul; desde aquí puedo ver los profundos óleos que pintó el Abad Guarisama de Arteaga, retablos ensombrecidos

por esa opacidad de la noche. Los maestros de la Sabiduría vendrán a estas tierras donde hace falta aplicar el celibato, aunque yo soy de la opinión que es una cuestión formal, tal como lo pregonaba mi gran amigo y pastor de todos los tiempos: Savonarola... El doctor Mendieta me dejó unos aguachirles, pozolitos arrebolados con nacatamales, huevitos de Paslama, —¡a la gran púchica!—, pero si eso me hace sudar, trasegar malos pensamientos. Cuando entra a mi cuarto y saca su estetoscopio, para ponérmelo en el corazón. Pero señor doctor, le dije, si este corazón, es lo único que me queda en medio de mis oraciones, plegarias, porque yo no sé qué pecado me adjudicaron mis hermanos de la clerecía.

Me siento fatigado, los dignatarios del séquito vendrán, tal como predijeron. Esto de las ceremonias me fatiga, a veces, aunque creo que los cardenales de capa magna serán encargados de la Bendición Pastoral. No sé por qué he entrañado una gran amistad con el Doctor Mendieta, pero he decidido contarle mi vida, o al menos algún fragmento, sobre todo esa vez de las turbas divinas. Creo que es muy importante mi confesión, sobre todo para las nuevas generaciones.

...pero esta mirilla también pispilea, rostros que me oprimen, ensacerdotados con grandes atuendos, como esa vez que me ordené en la capilla de Monseñor Evaristo Carriero, cuyos embaldosados me deslumbraban al recibir la hostia, el sagrado privilegio de servir al Patriarca de todos los tiempos... Pero no es del agrado que el doctor Mendieta venga a interrumpir mis oraciones nocturnas, precisamente cuando me sumerjo en los monólogos que me enseñaron esa vez que fuí a visitar los santos óleos de Federico el Grande, llamado por sus servidores "El Gambuso". No sé por qué, la turba

siempre trata de desprestigiar los santos honores de servir al Rey —¡Viva el Rey!— la Ley de nuestro Sagrado Imperio y de la Reina Kirpatrick. Pero estos animales nocturnos continúan oprimiéndome, precisamente cuando estoy elevándome con Johann Sebastian Bach, Christmas Oratorio. Oratorio de Noel, que mi gran colega Nicolaus Harnoncourt, presidió el día de mi servicio sacerdotal en el noviciado cuando recibía mi orden general Clerigus Salvatorus...

...creo que fue ese día que vino Su Ilustrísima y salió de la Iglesia, las calles estaban lustrosas de viento, los umbrales parecían verdaderamente los campos Elíseos del Santo Monasterio. Su Ilustrísima Señoría pidió un refresco de Semilla de Jícaro, a doña Chana que tiene su tendedero frente a la Iglesia: arrugadita la pobre y con un lunar de pimienta gorda en la quijada y una chavalita con nombre de agua o de flor: Marisol Castilla, de apenas quince primaveras, como decíamos allá en Europa, en los tiempos del Parías alucinante cuando estaba haciendo mi último año, en medio de sacrosantos ujieres y bussolanti.

Chana la fresquera tenía peroladas de cacao, pitahaya, piña con arroz, chía, melocotón con naranja y otras sabrosuras, dedicada al negocio después que murió su esposo en el terremoto del 72, precisamente en el barrio central "Las Oscuranas". Estaba entonces recién venido el Padre Carvalho de aquellas estancias pontificales y siempre llegaba a comprarse algún refresco, conversar sobre los problemas económicos, en estos dorados tiempos la lluvia había arruinado las cosechas y los campesinos poco bajaban de las lomas a escuchar la soprano Marisol, con sus cantatas dedicadas a la Monja Alférez que fue una de las principales heroínas en la época de la conquista española. Pero Chana tenía

desde entonces una lorita que siempre cargaba en su hombro o en una estaca de palo de escoba con forma de atril en una esquinita de las peroladas en refresco.

...el Padre Carvalho, acostumbrado a esas grandes procesiones de gente, en torno a los mercados, como en aquellos tiempos de Catalina de Siena, diciendo siempre alocuciones homilías, encíclicas y cartas pastorales.

"¡Ahí viene el padrecito atendémelo vos, por favor!" "¿Y hoy de cuál va querer padrecito?" Y la lora escuchando todos los sermones... habíamos instalado un sonoro audífono que irradiaba música monacal y canciones bíblicas en todo el barrio. Esto lo habíamos hecho porque proliferaban las sociedades francmasones, pregonando eso del Socialismo o del Hombre Nuevo, evidentemente contra la Ley Divina que demanda ferviente obediencia a nuestra querida Reina K.

Lo más notorio en ese tendedero eran los bolitos echándose algún rielazo de ron oro o plata. Los gargajos como estrellas derretidas en las piedras, botellas vacías y un enrede ininteligible de palabras. Pero de pronto el aire quedaba esmaltado con un polvillo fino entornasolado de una cantata; la cristalidad efluvial de Marisol Castilla, invadiendo el fervor del barrio y de la gente que se apiñaba en la portentosa Sixtina y en la Plaza Mayor. Es el año de la Guerra Santa, dicen que hasta la culebra de San Cayetano viene vomitando fuego por las montañas de Honduras, eran los grandes noticiones de La Prensa páginas como yugulares ensangrentadas.

...Entonces recordaba en la Santa Eucaristía (donde me tienen encerrado), la voz de Panurgo cuando derrotó los ejércitos. Y comentaba que quizás el padre Carvalho se había decidido utilizar las tácticas guerreras de

Panurgo. Pues hombre —me decía— yo creo que así sí vamos derrotar eso del Socialismo, comprendido en el Syllabus, tomo 18, página 1098, compendio XXX... Y junto a la respetuosa solicitud que le había hecho la fresquera al Padre Carvalho de que Marisol ingresara al séquito de las alucinantes hijas de María, el padre Carvalho recordaba lo de Christophoro Columbo, la fonda que quedaba frente al lago, esa vez que por poco naufragó en una cancioncilla que un par de guitarristas llegaron a ofrecer en los precisos momentos de saborear unos platitos de huevo de paslama:

Quisiera tener la suerte que tiene el gallo
racatapun chin chin el gallo sube
echa su polvorete
racatapun chin chin
y se sacude...

¡A la gran púchica! —me decía— qué gallo más guajiro y recordé esa vez que por poco naufrago en el viaje a las tierras sagradas del Peloponeso, en busca de la Santa Niña de Atocha, Christophoro Columbo, qui omnium prinautas.

Qui omnium primus inexplorata horrentiaque Oceani. Marisol entra en escena divina, figurada en una fiesta de San Caralampio, entre la feligresía, tira un besito de chupamiel, guiña un ojo y murmura: "también los angeles tienen sexo..."

Era domingo, en la plaza la gente se congregaba para rendir tributo a su querido pastor, que en sus brillantes homilías, era como una beatificación divina.

"La divina chusma, la turba divina"..."Obedeciendo se convirtió en la causa de la salvación, para que el padre

Carvalho entrara en la ascención de sus brazos suaves. El nudo de la desobediencia de Eva fue desatado por la obediencia de Marisol, atado, por la virginidad mediante la fe".

Y las turbas divinas (como decía *La Prensa*), clamoreaban, avivaban, mientras la Monja Alférez se alistaba para emprender las batallas de la Guerra Santa.

En eso entró volando la lora y se paró sobre unos candelabros cagados de moscas:

"¡¡Son mentiras las del Padre Carvalho —gritaba la lora— son puros cuentos!! Anoche parecía un diablito con la de Panurgo acariciando a la Marisol Castilla!! No le crean ni el Credo rociado con agua bendita!!, a este sinvergüenza. Yo lo ví cuando le estaba bajando los floriaditos!! Si de tragar se trata queridos feligreses!!"

...Y la gente se levantó asustada de las bancas "líbreme Dios de esta malvada lora que ya me puso el dedo": —decía el padre Carvalho—. Unos trataron de tomarla por el buche, pero se armó un aspaviento; caían los candelabros, la gente apiñada, no se sabía si el asunto era con la lora o con la soprano Marisol Castilla que en ese momento entonaba una solfeada cantata a los ángeles...

—Agárrenla, agárrenla— decía la gente.

Pareciera la Roma de Pío VII, época tumultuosa plagada de conspiradores y sacripantes, sacerdotes exclaustrados, curas voltairianos pertenecientes a las logias más extrañas que hayan existido en la faz de la tierra...

—¡¡Agárrenla, agárrenla!!—

La lora no tuvo tiempo de volar y sólo se escuchó un aullido sordo, de manera que ahí mismo junto a los

candelabros, la gente la desnucó, lanzando$injurias, improperios, amenazas y toda clase de endilgues. "¡Maldito ese gallo viudo!" —pensó— de haberme despertado malos pensamientos!!".

...Pero todavía no acabo de entender por qué de esta destrabazón, de este encierro que me atormenta y me hace sudar aquellas noches palaciegas, subrepticias y románticas con la soprano Marisol Castilla.

El día que conocí a Leonel

En los pueblos, casi siempre uno tiene que sumergirse en el sueño de las diez de la noche, salvo los viernes (que nosotros le llamamos sábado chiquito) en que uno sale a veranear por los calles empedradas o de visita en casa de una cipotona Dulcinea o caminar por el parquecito Cañas, tomarse un refresco de guayaba o de coco donde la Menche Santana o la mamá del gato Mátal.

Habíamos formado un grupo de jóvenes poetas muy integrados a la literatura, un movimiento poético-literario, que entre otras cosas se destacaban las presentaciones culturales en la Alcaldía Municipal, no sólo en San vicente, sino también en Cojutepeque, Zacatecoluca, Usulután, San Miguel y otros pueblos circunvecinos.

Impregnados de una lozana juventud, leíamos tantas cosas que caían en nuestras manos y estábamos vinculados con los sectores universitarios mediante el poeta Alfonso Quijada y Roberto Armijo, quien era director, en ese tiempo, de la librería universitaria. Había un intercambio, no sólo de literatura, sino también de cuestiones políticas. Eran los años del Ché en Bolivia, indudablemente. Pues bien, en casa de Luis Felipe nos reuníamos a escuchar música clásica, uno que otro disco de Paul Robeson, Crosby, Stills, Nash & Young, la Piaf e indudablemente sin faltar el Xuc de Paquito Palaviccini. Nos reuníamos para ver qué ondas, qué nuevos libros: "Fijate que me mandaron un libro de Carpentier y de Lezama, recibimos carta de Roque

desde Checoslovaquia a través de París" o "el sábado me ha invitado Diana al baile, así que alístense muchachos, porque entonces sí que vamos a ver a Dios, hasta en calzoncillos!". Eramos amigos entrañables de "Los Vikings" conjunto musical de Usulután a través de Chito Silis. Casi siempre celebrábamos las pachangas en casa de Sarita Gutiérrez frente a la placita de El Pilar. Marquina y el poeta Sancho llegaban siempre los viernes por la noche a las reuniones clandestinas que organizábamos y planeábamos las pegas en el parquecito Cañas, en el cuartel general de la Brigada de Infantería, en la Penitenciaría o en el mercado en cualquier calle siempre había un lugar para las consignas revolucionarias. También reuníamos a los compañeros albañiles, zapateros, hojalateros, y todos los artesanos que habíamos logrado organizar. Eso dió al pueblito una brillantez de revolución. Si. Pueblo de poetas y subversivos, como decía la gente.

Roberto organizaba la próxima revista de La Masacuata o los masacuatines, y había que darle un poema, algún escrito, cualquier cosa que fuera literatura. Nos reuníamos para discutir el material, nada menos que en la pupusería de la Nena Rojas, entre pupusitas calientes y un par de pílsener bien heladas. "Poetas, os declaro insubordinados del orden establecido... Somos juventud y esa es la mejor manera de definirnos ante los cerebros anquilosados. Iniciamos esta embestida cultural, así, porque consideramos que definir la Brigada, sería muy difícil, porque somos tan complicados como la vida misma y es a partir de ahí que decimos estar implicados en la tarea cultural, que haremos sin trabas, porque nuestro dinamismo no lo pueden detener, porque toda nuestra energía la hemos venido acumulando en los fracasos y triunfos de

nuestras batallas. Alguien esperaba algún manifiesto como lo han hecho los anteriores movimientos o campañas de publicidad o considerarse los más geniales artistas que se han producido, pues no, nosotros no hacemos esas pantomímicas o alardes románticos, de una época enterrada y desenterrada, por los grandes biografistas, tampoco vamos a realizar lo contrario, no. Vamos a realizar las tareas que nos ha correspondido emprender a toda costo, sin andar tocando tambores o marchas triunfales. ¿Ven qué sencillo? Hemos sido testarudos, pero quién no es testarudo cuando se ama a esta humanidad que va creando los ladrillos de la cultura espiritual y material. Aquí se encuentra el primer pozo humano del cual bebemos, sacando las bacinicas de la paciencia, de la agresión. Entonces se comprenderá por qué somos testarudos, ya no tenemos esperanzas de integrarnos a ese ejército al que Usted pertenece Don Megaterio, ese ejército de conformistas, de seres pacíficos ante la atrocidades, plegadizos, tragamonedas con ojeras de hambre espiritual..."

Habían llegado muchas colaboraciones: de Cuba: Rosa Ileana Boudet, José Yánes, Francisco Garzón Céspedes y Dino García. De Nicaragua: Carlos Perezalonso, Félix Navarrete, Beltrán Morales, Ciro Molina, David Macfield, Raúl Orozco y Luis Rocha. "Bueno, la revista tenemos que editarla a como dé lugar, no importa que no tengamos ni un centavo, creo que la Niña Conchita de la imprenta Ramírez es una gran mecenas y no hay problema. Le decimos a Chinchibí que le pegue una gran cuentiada para que nos haga rebajita". Así discutíamos el grupo de La Masacuata el próximo número, se habían formado comisiones para que cada quien adquiriera responsabilidad, tanto en la

edición como en la distribución en todo el ámbito del país: Comisión de la Filosofía Perfumada: Meme Zelaya, Comisión de Bandos Intermedios: Baltazar Carballo, Comisión Ad Hoc: Foncho Hernández, Comisión de Panegíricos: Tito Monterrosa, Comisión de Represalias: Guayo Rico. Comisión Pureza de la Lengua: Androsky Flamenco. Comisión de Mímica: Horacio Barrero, Comisión de Selección de Espíritus Selectos: Don Manuelito Laureano. Comisión de Agitación: Meme Sorto. Comisión de Persecusión de Musas: Salvador Silis. Comisión de Pesadillas Clericales: Mauricio Marquina. Comisión de Masas Inconformes: Rigoberto Góngora. Mecenas exclusivas: Conchita Ramirez, Paco Escobar, Ceci, Irma Zoraida, Regina, Ivo Parducci. Y así organizamos recitales poéticos dedicados al Ché, luego eran mítines públicos frente a la iglesia del pueblito, que en cierta ocasión salió personalmente Monseñor Aparicio con sus jinetes del Apocalipsis a desbaratarnos el mitin público. Al siguiente día, sábado por supuesto, nos comunicó Luis Felipe que pronto llegaría un compañero poeta de Nicaragua: era nada menos que Jorge Eduardo Arellano, un cipotón chapudo, alegre y alto. Nos echamos una gran platicada por la noche, frente a la Alcaldía Municipal donde en esa ocasión había parranda. Luego lo invitamos, y Uds. pueden deducir lo demás. Nos comentó sobre el movimiento cultural, sobre la investigación sociológica de Sandino que estaba realizando y nos dejó un libro de ensayos literarios. Esa era una primera oportunidad que teníamos con un escritor nicaragüense.

En diciembre se celebran las fiesta patronales de San Vicente. Un mes muy alegre. Entonces se reventaban cuetes después de las Aves Marías que religiosamente se le dedicaban al Santo Patrono,

nosotros no reuníamos en el parquecito en medio de los novenarios y las buscaniguas para comentar cualquier libro: "Y fijate que vieras qué novedad esa novela de Milles, tenés que leerla, es fantástica, es buenísima" ...Estos comentarios y otros: "Es que la novela de Lezama me gusta por esto y por lo otro... o Vallejo es mejor que Neruda, indudablemente, pero no podés prescindir de ninguno de los dos. Tenés que leerlos juntos. No te olvidés que son las mismas raíces latinoamericanas..." Y así, al terminar las cuatro Ave Marías comenzaba la reventazón de cuetes de varas y bombas de mezcal y las cipotas corriendo de aquí para allá, con las buscaniguas debajo de los fustanes y el griterío y todo mundo se refugiaba en los portales. Era un jolgorio que al final terminábamos hablando sobre las grandes conspiraderas a la hora de ir a pegar la propaganda subversiva, en la pupusería de la Nena Rojas. Así fué como un día de tantos Roberto nos anunció que venía otro poeta nica, a visitarnos. No nos dijo quién era, hasta el día sábado: "es el poeta Leonel Rugama, pero no hay que hacer mucha bulla, porque él viene clandestino. Y dice que quiere tener algún intercambio con nosotros, no sólo para hablar de poesía, sino de cuestiones políticas, ya que la cosa está peliaguda allá en Nicaragua contra el Tacho Somoza." Y así fue como llegamos a esperarlo a la terminal de la ruta 116. Se bajó con su mochilita al hombro. Un joven de pelo liso, de anteojos gruesos y con cara de campesino. Se sonrió cuando nos vió y nosotros lo ayudamos a portar su mochila. Lo llevamos a la casa de Luis Felipe, sonrientes y abrazándolo. Conversando de cualquier cosa. Le dijimos que el pueblito estaba alegre precisamente porque estábamos en plena fiesta. En esos momentos nos sentamos donde la Menche Santana para tomar

algo. En torno al parque era una bullanguera. Carros pitando y pitando. Carrozas la música de la Banda Regimental y los loquitos de la Brim Bram repartiendo programas dicembrinos con chambres sobre la gente del pueblo. "Es así —le decíamos— la forma de cómo uno se da cuenta de lo que ha ocurido durante un año en este pueblito, que en apariencia es tranquilo, pero que al leer los programas te das cuenta que es peor que el infierno de Dante" ...¿Y qué tal? bueno, bien. Siempre en la lucha. Siempre escribiendo. Sí hombre, leímos no sé donde en un tu poema que se llama De Los Santos, es genial, es realmente un poema popular que da una visión completa latinoamericana.

"¿No ha venido tu mamá hoy? le pregunté a Luis Felipe. No, me contestó. Bueno entonces bien podemos organizar una pequeña tertulia, después que peguemos la propaganda. ¿No te parece? Claro que sí, hombre. Eso podemos hacer, salir más temprano y luego sacamos al primo Leonel a que conozca este lugar, que de veras te va a gustar..." Esa noche salimos temprano y efectivamente, dada la astucia y la experiencia que teníamos, la propaganda pronto la pegamos en las paredes de las casa del barrio El Santuario y San Francisco. A las doce de la noche salimos a comer pupusas, a Leonel le gustó mucho porque nos decía que era la misma gente de por allá, las costumbres, la gente siempre jodarria, con su gran humor que es muy importante en el proceso revolucionario, con sus grandes y pequeños problemas, pero siempre pá adelante! Nos tomamos una pílsener y entre el gentío comenzamos a preguntarle de los poetas: de La Hora Cero, que recientemente habíamos leído, sobretodo nos había gustado un poema dedicado a la Marilín, genialísimo —decíamos—, Y qué tal el Coronel, dicen que ha dejado

de escribir. De los poetas de Solentiname. Del gran poeta jodión Ernesto Mejía Sánchez, de la Insurrección Solitaria... "Acabamos de estar con Arrellano la semana pasada y nos comentó que había mucho interés de conocer a los poetas salvadoreños." "Sí, hombre, sería bueno que fueran por allá". "Pues haremos lo posible de visitarlos". Y de paso saludanos a toda la majada poética por allá. "¡Claro, claro!". Terminamos de comer, y luego nos fuimos a escuchar un poco de música donde Luis Felipe, hablamos sobre la coordinación del trabajo, sobre la importancia de hermanar nuestros pueblos, sobre el intercambio cultural, artístico en general. Sobre el puterío intelectual en el que se habían enganchado algunos escritores en nuestro país, de todo un poco. Principalmente Leonel se refirió a la experiencia de la lucha armada. Nosotros le decíamos que comenzábamos a estudiar, que estábamos en la onda, incluso planificado algunas acciones armadas; estábamos pugnando por organizar algo nuevo, con gente joven. Mostró mucho interés y quedamos a de realizar efectivamente algunos intercambios. Hicimos un viaje a Nicaragua, con la pantalla de la literatura, y buscamos por todos lados a Leonel, pero fue difícil encontrarnos. Después nos dimos cuenta que Leonel, por la envergadura de su trabajo no estaba en Managua, que estaba lejos y que era difícil tener una reunión en esa ocasión...

Fué una experiencia maravillosa nuestro trabajo poético con Leonel. Nuestra experiencia con un poeta y un revolucionario que posteriormente dió su vida con gesto verdaderamente de un gran hombre.

Viaje alrededor del sartén

Desde que era cipotío he sido admirador del Arte Culinario. Siempre me atrajo el odorante sabor de los cangrejos, los curiles y las iguanas en alguashte que vendían en el mercado municipal, cerquitita de mi casa en el barrio San Juan de Dios. Cazando chimbolos fritos, huevos y tortugas en las olladas que preparaba la niña Tomasa Oviedo fue que conocí la pandilla alucinante de Carlos Tincuto; fui su discípulo porque la joda no sólo era irse a bañar al río del Acahuapa y cazar bebeleches, sino también jugar al trompo coyote, darse una pasadita donde la mamá de Pedro Chilate y comerse una cuantas empanaditas de camote. Por la tardecita.

El arte culinario desde los tiempos prehistóricos ha hecho vibrar las arterias cerebrales y del estómago: sabrosos bocadillos, indómitas chuletas de dinosaurios o gallináceas. Alcibíades, en los grandes banquetes se inspiraba con no menos de 30 toneles de vino, hacía la candelita chorriada en las mesas repletas de viandas: enjambres de puercos asados al vino. La famosa cena de Lucullus: morcillas paquidérmicas con peyote. También los filósofos, poetas, galenos, fueron inspirados por las grandes chonguengas y surgieron relevantes epifanías, aforismos como los de Hipócrates, Máximas las de Rochefaucaul, las epístolas de Monseñor Aparicio en Pinganilla, famoso por los banquetes de las Bodas de Plata; los Apotegmas y Adagios, ocurrencias que surgían al vaivén de los convites que celebraban en casa de amigos, en tabernas, entre peroladas de jabalíes procesados en humeantes especies aromáticas.

Por ejemplo: hurgando la biblioteca de mi tatarabuelita encontré el Manuscrito de Lucio Cuspidius, recetas de cocina afrodisíaca, escritos apócrifos de sacristanes, reyes, beatas que hacen gala de conocimientos eruditos en el arte culinario. Serafín de Salle sostiene que descubrió en la tabureta del hipotálamo el gusto del paladar, aunque otros científicos, época de Copérnico, sostienen que el gusto de las comidas tiene relación con el movimiento astral universal. Otros poetas como Fonchito Malandrín en sus Memorias ha escrito que el gusto afrodisíaco está en la composición musical del músculo de la lengua.

Don Paquito Villegas expresa que se deleitó en los sabrosos manjares que se manejaba doña Elvira Mozo conocida popularmente como "Mula Cacica", "gran bullidora del deleite" haciendo referencia al Tribunal de la Lujuria y Los Memoriales del Ojo del Juite.

Sobre platillos apetitosos uno recuerda las grandes fuliadas en la Avenida Independencia. también se me cruzó por la mente mi madrecita, la vendedora de salchichones y lenguas de Cojute. Las lenguas de Burro son sabrosísimas, las lenguas de las locatarias del mercado municipal, la lengüita de la Martita Murío, los mocos de elefante que devoré cuando estuve en Bombay, las rabadillas de masacuatas y castores salvajes; ancas de ranita, patos silvestres, flamencos, pijijes, garzas y las flores de culantrío; arroz con tunco, salpicón de tigres de bengala, melenas de león en escabeche, tortugas galápagos, tepezcuintles, cusucos lacados, pupusas de loroco, cola de buey, yuca con chicharrones, gallinita india, chanfaina de la que venden en la terminal de buses de San Miguel, butifarras, gallo en chicha, chiches en miel, chicha orgasmos de jirafa y de la Leonzona, Muñeco, Yuca con pepescas, Moronga, pastelitos de

curiles rellenos, Huevos de paslama, sopón de rellenos de güisquil, sopitas de apretador, jutes en alguashte, tostadas, arroz con tunco,dulce de ayote, pepitoria, poliada, manjar blanco, arroz en leche, frijolitos colochos, garrobo, iguana, casamiento, tenguerechito en ceibo, la carretilla, zangolotazos a boca de jarro y de paisaje, fritanga de Mejicanos, ojuelas, torrejas, camote alboroto, tamales pisques, tamales de chucho, babosas envueltas en huevo, chunchucuyos de tepelcúa, grillos en ensalada, flores en almíbar, ensalada de pétalos... todo en fin... hongos que crecen en los árboles o en las plastas de vaca, frutos secos, ostiones, cangrejos gigantes, pulpos, ostras, camarones como los que se duermen en la lotería de Atiquizaya, los rellenos de chucho del Amanecer en el Hula Hula. Siempre íbamos con "Peón de Ajedrez", me gustaba conversar con él porque caminaba de frente y comía de lado; al comedor de la Tomasona Oviedo atipujar unos rabadillazos de iguana, y nos poníamos a conversar, a meditar sobre la guerra y la infinitud del futuro; de los manuscritos de Bizancio y de las ruinas de Roma de los espectros del Medievo y de las Momias de Guanajuato; de "Orbis Terrarum" de Montalambert, de Lutero cuando limpió los establos de Augías y despolilló el idioma alemán. Lutero era un músico de pura cepa según me contaba mi papá tocando el laúd y el flautín compuso la mejor música de corales según el oficio reformatorio. Del gran Maquiavelo, de Servet cuando fue chamuscado vivo, de la alquimia y la Administración de Rentas, del devenir y el espíritu humano con caña o chaparro, de las Ciencias Naturales o de Euclides. El álgebra para sumar los talaguashtazos y esa vez Peón de Ajedrez se puso a descifrar el Sistema Solar de Ptolomeo, mientras saboreaba unas chernas luminosas. Entonces le dije que prefería los cuerpos

ultrasónicos, la simetría analítica de los sopones de mondongo y me preguntó cómo había hecho para enseñarle a la lora los 54 idiomas y 689 dialectos que referían a los recetarios de cocina —son cosas misteriosas— le dije.

Ahora que recuerdo fueron las 20 mil leguas de viaje por Tehuacán, el hogar de doña Paquita Murcia y de mi amigo Juancho Tronera: se comía de lo lindo: cusuco horneado, cuche frito, manjar blanco de leche de cabra, taltuzas, gato zonto y la flor nacional envuelta en huevo.

Juancho Tronera era también experto en el arte culinario, de complexión recia fortachón, 2 metros y medio de estatura. Frente ancha y popular. Con un cogotillo jesuítico en su calva lustrosa. En la calza trasera del pantalón siempre con su Tricófero de Barry (ada), marca Tres Puentes; ojos agudos, voz roma jajayándose de las cosas simples y complicadas de la vida.

El día que me casé me escribió desde Meanguera:

"Me alegra que las pachas sean para la Pacha Mama. La Madre Oca. Los trillizos que nacerán... El gran compadre. Ya me imagino la gran tamaliada (3 mil olladas), la docena de lechones, los 4 mil barriles de cerveza, las centenas de gallinitas indias, asadas o en sopa, los 3 mil huevos de codorniz, los quince mil huevos y verduras, los 60 mil ingredientes, menjurges y especies que servirán de bocadito para esa gran fiesta donde nuevamente el destino nos pone de frente en el más eterno compadrazgo..."

Y más adelante decía:

"Recordado y bien ponderado amigo, Rey de los cocineros, estratega del humor, táctico del rapto de las Sabinas, glotón de glotones, comedor de libros y los más

disímiles títulos honorables. Sólo el humor nos salva con su estrategia de carcajada profunda, porque el humor es profundo, sale del lado tragicómico de la vida. El absurdo representado en nosotros cuando hablamos a solas, en una multitud de humores. El humor es humano con su partícula de amor en la última sílaba.

Todo llega a su tiempo, mi chamusquina, los alpes del pecho y salto, lince de las regiones transparentes. A veces circunstancialmente se pierde la frescura, sobretodo cuando el señor kakafati se niega bailar el mambo número 5 o cuando el cuerpo no está entre las sábanas. En esa lucha tremenda de Eros y Thánatos. Punto y seguido. Los caldos de jirafa allí en la bodeguita y el Bodegón de Francis Drake en el lugar ideal.

Cada mañana amanezco como un león echando nieblas de ron por el hocico. Sólo así puedo sostener el mundo. El barco ebrio a miles de kilómetros en este mar de los Bergazos. Y el Amor. Imposible dejar de amar. El riesgo de no amar es morir embalsamado como un embajador, un ministro o un tirano ensombrecido. Despierto a la poesía, la palpo, recorro sus ondulaciones, su piel, su lindo trasero de guitarra, su mariposa de sombra. Me hundo y me dejo ir. Lo chingado dentro de todo sigue siendo la pobreza. Pero lo maravilloso es comerse un par de pupusas de loroco bajo un amate, escribir poemas y cartas riéndonos de nosotros mismos, reyes del desastre, diplomáticos de la página roja. Para conseguir toda la fortuna de Rimbaud hay que hacer algo en grande. Asaltemos la Realidad, irrumpamos en la más grande de las editoriales de las hojas de majoncho y lancemos un beso desde allí a las muchachas bonitas y un vergazo a la Gran Costumbre. Hay que seguir escriviviendo, sin atollarse el corazón."

...así me escribía mi gran compadre. Todos los días me gustaba visitarlo. Me contaba las aventuras más exóticas: la del burro que leía en latín y se pedorriaba en francés. El mismito animal que me prestó cuando organizamos el desfile bufo en la U. Aprendió todo el oriflama que le enseño la "Chancha Machado". En la Avenida Roosevelt le jalábamos la cola y rebuznaba: "¡Tapón! ¡tapón!" Hi jooó¡ !Hi jooo¡ Y de tanto Kikapú que se atragantó que al final del desfile se extravió y jamás lo encontramos. Cuando le expliqué este incidente a Tronera se puso tristísimo, tristísimo.

En casa de mi compadre no faltaban las sartenadas de codornices al horno, tortolitas en piña para chuparse los bigotes, guisos y aderezos, apretando y cerrando las ventanas de la nariz: hunde los dientes y el mostacho hasta el fondo de los muslos. Cuando ve esos culitos bamboliantes me dice que le da la impresión que son las conejitas de la "Rokita" bailando rock en la pista del sartén.

El día que celebramos el compadrazgo, se comió 6 gallos en chicha, 4 docenas de chilitos cola de gallo, 6 rimeros de chengas (pidió una jarrillada de chaparro y le llevaron 10 cantaradas de coyolito), 2 peroles de molienda repletos de arroz frito, pidió almorranas de toro, pero en esos precisos momentos no habían y le llevaron 10 docenas de chinchulines de caballo y todavía se renganchó con media docena de caceroladas de quezadilla que la niña Inés había dejado mal puestas en la hornilla; una docena de marquesote, 3 docenas de salporitas de arroz. En la totalidad de esta gran comilona dió una gran fondiada de una semana, que al final tuvo que llegar mi primo Santiago Hernández, para remolcarlo nada menos que con 13 yuntas de bueyes.

De profundis

No hay luz en el calabozo, ni una brizna de viento. Mi cuerpo es una piltrafa y la fetidez de mis llagas hacen que me ocupe diariamente de ellas. Miento. No estoy solo. Afuera ondean las banderas y la percusión de gritos y palabras penetran hasta las redecillas de mis nervios. El sol quizás alumbre las calles asfaltadas, los ríos, la montaña. Allá están mis compañeros. Sin embargo lloro. Las lágrimas prenden como llamaradas. Digo mis ojos aunque en verdad son cuencos vacíos. Lo importante después de todo es que palpita mi corazón. No he perdido el sentido de las palabras que aprendí cuando niño y adolescente. Converso con las cucarachas mis compañeras de rutina...

Otros murieron en los primeros días de tortura. Han pasado los años, quizás siglos, y todavía sueño. Eso es lo importante. El griterío de la gente lo percibo hasta en las cosas nimias, pese a que estoy ciego, sordo y mutilado. ¿Alguien me llama? ¿Es mi sombra?... no. Murió hace tiempo, el día que me sepultaron. Palpo la angustia, y sin embargo existo. La madre del muerto me envió flores, pero mis captores las trillaron. A veces los recuerdos me asaltan a empellones, la cipotía que también fue capturada y la confinaron en el otro calabozo junto con su pequeñito, todos los días recuerdo que bañaba a su niño en la bomba del excusado, después se la llevaron. Mis captores vienen por los menos cada siglo y preguntan por mis compas, pero he aprendido a guardar silencio como el primer día. Me observan con los cuchillos de sus ojos y luego se van. La última vez

vomitaron su miasma en la oscuridad de mi rostro; alguien me ordenó que me sellaran herméticamente la ventanilla de la ergástula; de manera que sigo estando solo, con un puntito de luz en la ciénaga de mi cerebro.

—Mañana amanecerás muerto, vamos a dinamitarte!

Por su voz supe que había envejecido. Guardé silencio. Me reservé la última palabra, el último gemido y después no supe más...

Click! click

...Cuando caí al mar sentí la vibración de mis nervios y músculos entrecortadamente me sujeté febrilmente en las arboladuras rocosas esas huellas e imágenes quedaron petrificadas para siempre. El tiempo corría como un velocípedo, el tironeo sobrecogedor de las olas marinas, el torbellino de mis ideas se advertían conforme gesticulaba y me sujetaba a la vida. Porque todo sucedió —aparentemente—, en fracción de siglos, esa sensación acuática mezclada con el dolor de las magulladuras y las heridas y los golpes; luchando contra todo, tratando de sobrevivir, respirando en la superficie del agua, a veces en lo profundo de esa salobridad que me exasperaba, la intrincada soledad y el sonido de los disparos de mis captores desde las alturas...

El mar con su carnaval de peces y colores. La compulsión me arrastraba hacia los arrecifes de una monstruosa pesadilla, de una fulgurante huída de la muerte (mis brazos eran como juncos navegando...); en esa agonía el mar me daba la impresión de una peregrinación con sus árboles, sus pájaros, su cristalinidad, un espejo roto. Pensaba en salvar mi pellejo, en alcanzar la orilla donde habían quizás, restos de mariscos, cangrejos desolados, avecillas picoteando el agua, el rumor de la playa y en medio de todo eso el espantoso silencio... Era su desesperación que se posesionaba frenéticamente (mientras seguía chasqueando el agua el sonido de las balas que desde los farallones lanzaban sus verdugos), los restos podridos de troncos de madera entrechocaban con su rostro; así,

manando sangre pudo llegar a tierra firme. Sintió que había caminado infinitamente, cambiando de sonido y de lugar; se incorporó para dar paso al deseo de encontrar a su compañera, hasta alcanzar la puerta donde lo esperaba... Las barquillas se divisaban en lontananza sobre el pétalo marino... se incorporó y sintió que sus músculos sus huesos su pensamiento tenían un pesor de hierro, un olor a chamusquina y cada vez que chapoteaba el agua adquiría una textura similar a su descolorida camiseta sport. Así, aturdido, pensó en la suerte del resto de sus compañeros (¿alcanzarían el arrecife o morirían desesperadamente maniatados con sus cráneos perforados?...) Más de alguno, pensó, más de alguno alcanzaría a pronunciar una palabra enclavado en los pútridos vertederos de la muerte.

...había soltado sus amarras cuando caía al mar (¿cómo sucedió?...) inexplicablemente, controvertible, pero había sucedido; quizás su pensamiento tenía el prodigio de sobreponerse al miedo, o a la tenebrosa idea de la muerte; la corriente lo arrastraba y cuando comprendió que había tocado tierra firme comenzó a caminar, aquel maldito pensamiento no lo abandonaba: la tortura, la terrible tortura, el hambre, el hambre puta, disputándose los restos de comida con las cucarachas y las ratas que lo asaltaban como en una pesadilla. Y comenzó a caminar entre el espesor de aquella hierba húmeda, entre los montarrascales que se elevaban por encima de su sombra; entonces evocaba sus bellos momentos en la vida: aquellos paseos nocturnos en el parque de su pueblo cuando conoció a su compañera, aquellos bailes en la Alcaldía Municipal y los años estudiantiles, el desfile bufo y la gran zirindanga en la víspera, recorriendo las principales calles de San Salvador, disfrazado de comején burocrático de diputado o

de guardia, haciendo el amor en cada bocacalle con Miss Universo María Elena Sol y todos los compañeros de Facultad vestidos de prostitutas, satirizando petroninamente la hez de la sociedad y la gran mandarria de Pedro Urdemales arrastrada sobre el corazón de la capirucha por un camión de volteo, una carroza de secretarias bilingües asomando sus rostros escarlatados por las ventanillas de las oficinas pública y privadas y ellas —aparentemente— espantadas, cerraban las ventanas y se ponían a mirujiar a través de las cerraduras y las celosías; y los militares desfilando con sus pústulas sus crímenes sus negocios de drogas sus ventas clandestinas de armas y estupefacientes y sus cárceles sus prostíbulos y el general Medrano el Ano con sus publícolas y tribunos destilando la baba sanguinolenta de los escuadrones de la muerte... entonces pensó en la importancia de estos desfiles para el despertar político de los estudiantes y el gran rollo de la lucha armada... Esa vez que el chiquitón Abner se hartó 37 barriladas de kikapú en la facultad de Química y Farmacia y pasó engomado como una fuente luminosa en la residencia estudiantil, cuando pusieron a moronga al Choquito Juan y en la gran borrachera dijo que era el choco más cachimbón de todos los chocolates, y fue a sacar la guitarra y en la plazoleta se puso a cantar imitando a Chepe Feliciano y agarró una gran aviada de los diablos cuando ya se sentía medio sosoroco, desde la terraza se quizo lanzar aduciendo que "era el choco más vergón de todos los chocos!", gritando, además, que estaba enculado de la Juanita Gayo, la profesora de Matemáticas en el paraninfo universitario; y Culo de León persiguiendo a Erre por los pasillos de Areas Comunes, con una pechetrini en la mano, simplemente porque le había gritado Módulo Lunar cuando estaba

bajándole los batanecos a la niña Mariyona, una vieja más gorda que Gargantúa y el Cuche Nóchez; el Jolote siempre con sus mandracadas y el Chele Derivada resolviendo los problemas estudiantiles a puros logaritmos y Raulito Avelar recitando a Vallejo bien atragantado de floripondia y todo mundo preparando los exámenes de Límites fumándose sus acostumbrados pitiyos...

...un Troncón había sido su salvación —se dijo—, comprendió esa clase de suerte; ahora trataba de asirse fuertemente, y el rumbido de sus oídos se mezclaba con el del mar, mientras su mirada trataba de abrirse paso, con los dientes apretados, con el corazón apretado, con las uñas encrespadas y su musculosidad a todo vapor sujetándose al tróncon que no oponía ninguna resistencia, huir huir de sus captores; le parecía que aquellos habían detectado su escapada y bajaban los farallones para esperarlo en la orilla de la playa, con las armas bien aceitadas y las ráfagas que rasgarían sus músculos y sus recuerdos... se vio amenazado férreamente por esa idea, pero a la vez lo obligaba a no cejar y luchaba a músculo partido. Un cielo embetunado caía sobre su cabeza con su follaje de estrella, cavilando, con los dientes partidos, con el rostro chorreante, pero con vida aún... Se trataba de poner en tensión todas sus arterias, su pensamiento (Mi compañera, ¿qué habrá sido de ella? pensó...) consideró el espacio el sonido que habría hasta el corazón de ella, su impotencia su furia, las circunstancias en que uno comienza a flaquear y a recobrar paulatinamente las fuerzas (los arbustos adquirían la textura de formas humanas, en la oscuridad...)

En tierra firme quedó tumbado, boca abajo, tratando de ponerle rumbo a sus desesperación. El mar tumbeaba incorregiblemente. De un momento a otro tendría que

levantarse, de lo contrario correría el peligro de verse nuevamente en esa agitación como si estuviera en la ergástula secreta o en el fondo del mar. Le pareció que adquiría su compostura habitual esa vez que iba hacia el trabajo y recorría las calles de la urbe... caminar, caminar apartando los arbustos oscuros e intrincados... caminar mientras la madrugada tonificaba sus pulmones bajo un cielo salvaje, capaz de lanzarlo al mundo y entre tanto caminaba, los pajarillos comenzaban a cantar en el bosque; a veces caía de bruces y escuchaba el estallido de una ametralladora sobre el ocaso de sus espaldas, y se quedaba quieto, de bruces, esperando divisar el sonido humoso y determinar el rumbo de sus pasos... La espesura tenía un color biliar, los pistones solares comenzaban a filtrarse entre los ramajes; entonces llevó su mano hacia el rostro como en un intento de borrar aquellas huellas, hacerse la idea que nada había desfigurado su rostro cuando fue lanzado desde los farallones y sintió la coagulación en sus pestañas, en las ventanas de la nariz que le impedía respirar como un buey. Quería escuchar una voz humana, la voz de su compañera que en un afán de extenderle la mano le dijera:

—¡Apúrate, dame la mano, un esfuerzo más y estarás a salvo!

...una voz cristalina y vió que los árboles adquirían nuevamente la imagen de su mujer, acurrucada, que lo miraba con sus pechos frescos, gelatinosos; sonrisas, gestos, degluciones a raudales, con los dientes apretados y su sombra se hundía paulatinamente en la penetrante noche de la clandestinidad...

Cablegrama

Houston, EE.UU.: Una auténtica atmósfera pútrida respiraban hoy los astronautas del transbordador espacial Challenger, cuando la mierda de los orangutanes y las ratas que viajan a bordo comenzó a invadir el laboratorio Spacelab y —lo que es más grave— la cabina de pilotaje.

El comandante de la misión Robert Overmyer, estalló encolerizadamente ante esa grave situación.

Overmyer, un ex-coronel del Cuerpo de Marines que tiene una justificada reputación de colérico y gritón, empleó luego una serie de palabras soeces durísimas para calificar a los responsables de esta experiencia. Para impedir que los insultos fueran conocidos, los responsables de la NASA (Administración Nacional de la Aeronáutica y del Espacio), interrumpieron la retransmisión de las conversaciones Challenger-Houston en la sala de prensa.

Además de los 7 astronautas, el Challenger transporta a bordo una legión de primates de América Latina, para adiestrarlos en asuntos de Estrategia de Contrainsurgencia y Guerra de las Galaxias; entre otras actividades, para examinar su comportamiento psico-socio-somático.

Las jaulas responsables del incidente se encuentran en el Módulo-Laboratorio Spacelab, de concepción europea, instalado en los bodegones del Challenger. Pero los primates se levantan a buena mañanita, eructan, hacen sus ejercicios militares, dan órdenes, desfilan comen, beben, pasean y terminan excrementando toda

la nave espacial. Y cuando los pilotos encargados tratan de ponerlos en orden, los orangutanes corren de aquí para allá, se desenfadan y terminan putiándolos.

Cada vez que William Thornton abre una especie de cajón en el cual están instalados los animales, escapan miles de pedos y partículas malolientes que molestan a los astronautas. El problema parece insoluble porque si bien los astronautas consiguieron improvisar una cobertura para recubrir las cajas, es necesario abrir con frecuencia éstas para alimentarlos. La única solución consistiría en mantener definitivamente cerrada esa cobertura, destacan los especialistas. La concepción y la fabricación de esas cajas costó unos 10 millones de dólares, precisó la NASA. En lo inmediato, la tripulación volvió a recurrir a máscaras quirúrgicas e intentó captar, con la ayuda de un aspirador los restos que vuelan libremente dentro de la cabina, —"es tan fácil como atrapar una mosca con un aspirador en la tierra" (dijo un especialista de la NASA en Houston).

La nave sigue su curso, desciende estrepitosamente, entre tanto el capitán Brian Thoreson despierta de su pútrido sueño en los macabros recintos del Pentágono.

Rosas rojas para Barbie

...Habiámos quedado de encontrarnos en la Plazuela Hula Hula con Mariano a las nueve de la mañana, tomar la ruta once y visitar a Mercedes en el hospital. Fue puntual en la cita, tomamos un café en el "Bruno Berry", intercambiamos algunas frases, pero más parecía que cada cual estaba pensando en ella y en su enfermedad. La noticia nos llegó: la sífilis había hecho estragos.

—Si Juan hubiese sobrevivido estaría también con nosotros —dije— en un afán de pronunciar palabras que nos sacara del estado de sopor en que nos encontrábamos.

—o simplemente ese amor se habría profundizado —dijo Mariano.

Recordábamos aquellos tiempos en que Mercedes había echado su manita, nos guardaba los explosivos, las armas en su cuartuchito de mala muerte en la Plazuela Ayala y mientras tomábamos café le dije a Mariano que esperara un momento, haría contacto con un compa para decirle que la operación militar se haría mañana tal como lo habíamos planificado.

Tomamos un taxi hacia el hospital y recorrimos la Avenida Rubén Darío; por la ventanilla la gente y su bullicio corrían a una velocidad extraordinariamente en sentido contrario, las últimas palabras, el voceo de los canillitas, andenes atestados de ventecillas de frutas, dulces, baratijas y la tristeza; pensando siempre en Mercedes (en el taxi la soñábamos con su juventud y su sonrisa de muchacha), eternamente enamorada de

Camilo Sesto, aquellas canciones en la rokola en el bar de la vieja Nelly y Mercedes llorando frente al noveno vaso de cerveza; todo eso transcurría enmedio de un río de automóviles, en la Avenida. Entramos por el portón principal y nos dirigimos a la sala siete, donde había un tumulto de familiares y amigos, algunas mujeres parturientas, otras derrengadas, con el rostro de la última goma, llenas de cicatrices, nos vieron con unos ojos de curiosidad espectante; habían pasado tantos rostros, tantas sonrisas, sueños, pesadillas, que sencillamente nuestros rostros ya no los reconocían.

...Tenía varios años de no ver a Mercedes, el tiempo había transcurrido rapidísimo, pero desbordaba el recuerdo de la muchacha sencilla que fue y nos salvó la vida esa vez del cateo general en busca de los subversivos que habían capturado al oligarca Regalado Dueño de toda la riqueza nacional y tuvimos que meternos en la piecesita de Mercedes, un lugar donde nadie podía imaginarse que estuviésemos, mientras los guardias registraban minuciosamente todo el cuadrante de la Plazuela Ayala. En el trayecto Mariano narró cómo Mercedes había sido atacada violentamente por la sífilis y la desbordante locura, aquellas miradas que se estrellaban inmediatamente con la realidad y los gritos desaforados, los momentos de ternura, del suave llorar, pensando en Juancho su amor eterno, un compa que había caído en un combate de ciudad.

La gente en el hospital murmuraba, lloraba; de manera que habíamos llegado demasiado tarde; cuando entramos una sábana blanca la cubría.

Mariano estaba pálido, triste. Uno de los familiares nos contó sobre la última temporada de Mercedes en Panamá: años atrás había trabajado en el "Costa Brava Show", pero en breve dejó de enviar cartas,

desdeque instaló su pulguerito en el barrio Chorríos, donde lentamente se moría, entre tragos de ron, humo de Chesterfield y griterío de borrachos y putas.

Nos retiramos temprano. No podíamos permanecer mucho tiempo. Tuvimos que dejar a Mercedes cuando la gente se apelotonaba para llorarla y las candelas chirriaban con los gritos plañideros.

—Murió— decíamos, increíblemente!... porque aquella mujer se fue agotando en su dolor y su miseria, al son de las guarachas y las canciones de Camilo Sesto. La velarían en la Placita Ayala donde todavía vivía su madre. Parquiamos el volkswagen en una de las laterales del parque Centenario; hacía un viento húmedo con aire de tormenta en un cielo cuyo ramajes eléctricos se esparcían en la ciudad. Comenzamos a recorrer aquellas calles donde años antes habíamos pasado cargados con la dinamita, con las cachamblacas calibre cuarenticinco, esa vez que fuimos a la recuperación de las primeras armas de guerra en el Antiguo Bloom; (y los borrachines en las esquinas de las cantinas hablando babosadas, putiando a medio mundo que pasaba y las rokolas a todo volumen con aquella canción Melina pasada de moda y nosotros con el camuflage de siempre, con los cuadernos bajo el brazo atestados de logaritmos, con aire juvenil de estudiantes que sueñan con su graduación de guerrilleros en la clandestinidad, y todo eso cuando conocimos a Mercedes en uno de los lupanares de la Calle Edison).

La pieza del mesón emanaba un olor a incienso, la muchachita de bello rostro, aquella mujer y su granito de arena, porque siempre estuvo a nuestro lado y se arriesgó: guardaba nuestros equipos de guerra, los folletines la propaganda bajo el camastro y nos miraba

fijamente, unas veces sentada en su silla de mimbre, con sus piernas cruzadas fumando un cigarrillo, preguntándonos cómo iba la guerrilla y cuándo la llevaríamos a repartir volantes y el mesón a oscuras parecía un túnel interminable, donde las jayanadas brotaban de aquellos seres sentados en las bancas jugando póker, fumando, cabizbajos, comentando las películas de Huang Yu, de Steve McQueen, del Puño de la Serpiente o soñando con una excursión a Panamá-México, en una gira de verano, del verano que nunca llegaba; las viejecitas pensando en la peregrinación del Señor de Esquipulas, en las oraciones del Espíritu Santo, los empleos, las ofertas, los cambalaches, un griterío entre el llanto de las plañideras por ese túnel gelatinoso que se llama miseria, hasta que llegamos a las pestañas de Mercedes que ya estaba en un cajoncito de pino, con el olor de pintura fresca, de bebidas y el calor sofocante de la piecesita mortuoria, y todo mundo recordando aquellas andanzas en Puerto Barrios, en las Oscuranas, con su aire juvenil hacia la muerte...

Cuando caminábamos en esa oscuridad sin límite se agolpó a saludarnos la vieja Nelly, se sorprendió que llegáramos al velorio. Mariano me dijo que la última vez estuvo con Mercedes en San José, de casualidad por la Gran vía; ella tenía una pieza en la "Bella Mansión" y cuando escampaba un aguacerito se encontraron circunstancialmente. Se saludaron y con cierto recelo le dijo que seguía en su trabajo de siempre: "La que ha nacido para puta puta se queda".

...Por aquel tiempo habíamos alquilado una pieza de mesón orilla de calle, nos instalamos sin conocer absolutamente a nadie, camuflageados de estudiantes, porque teníamos una pequeña beca que nos permitía sobrevivir y realizar las tareas de la clandestinidad. La

pieza era un chincherito con un tapexco donde guardábamos documentos y el mimeógrafo de madera, las armas cortas que nos servían todos los días para la despistolización de serenos. Y ese mes habíamos recuperado veinte cachamblacas y el cuarto no daba para tanto, sobretodo por los constantes cateos que realizaba la Guardia Nacional y la Policía de Hacienda. El mesón tenía veinte piezas, donde vivía gente de toda calaña, dormían el santo día y en las noches se hundían en esos barrios sórdidos, en los puteríos de la veinticuatro y de la Calle del Benemérito Prócer de la patria Santiago Chepe Celis.

En la esquina del cuadrante, la vieja Nelly tenía un barcito taciturno, con unas bancas una rokola atestada de boleros, guarachas y rancheras. Ese día llegamos por primera vez, pedimos dos Regias para comenzar, marcamos unas canciones, más bien para entremezclar nuestra conversación, hablar a pierna suelta. La vieja Nelly era una mujer corrugada. Se acercó a nosotros para decirnos que tenía de venta panes rellenos de frijoles con aguacate, y le dijimos que nos sirviera un par, observamos que los clientes ya embriagados la nalgueaban, la piropiaban con ofrecimientos de toda clase o sencillamente conversaban, en el mostrador. Era común ver entrar a un cuartito de fondo, viejos fofos o jóvenes tacuaches. Habíamos acostumbrado llegar siempre temprano, no esperar altas horas de la noche por los grandes bochinches que se armaban y que terminaban casi siempre en grandes tragedias pasionales.

Sentados en la mesa junto con Mercedes bebimos como elefantes hasta que la brisa del alba contoneaba las ventanas. en ese ocasión nos narró retazos de su vida, y sobretodo del escándalo que se armó en el barrio

cuando su padrasto la violó y fue a parar a la Penitenciería Central.

Del mesón salimos nuevamente a la calle a las siete y media de la mañana. Estábamos planificando el Asalto al Banco Comercial y había que redoblar la vigilancia, dar los últimos toques para que todo saliera al tiempo de un reloj de cuarzo, además, prepararnos para los exámenes de Geometría Analítica en la Universidad.

Al día siguiente Mercedes lucía espléndida, un trajecito a la cintura, con paletoncitos floreados que le daban a su grácil figura un candor fascinante su cabellera ondulante que le caía en cascadas hasta la cintura. Se sentó al lado de Juancho (eternamente soñador y pensativo...)

En varias ocasiones encontramos deprimida a la vieja Nelly: en su juvenil travesía fue hasta Puerto Barrios, donde se convirtió en una de las prostitutas de primera clase. Siempre añoraba esos recuerdos de juventud e intempestivamente se levantaba y se dirigía hacia el dormitorio que tenía en la misma taberna, sacaba una zorrita de peluchín, finamente conservada; acariciándola nos narraba su gran amor con un marinero holandés. Una Julieta en brazos de Morfeo (lloraba). Cierta vez el marinero dejó de visitarla en vísperas de la promesa matrimonial. No supo nunca la causa de ese trágico desenlace.

Llegó el día de la recuperación de los vehículos que utilizaríamos para el Asalto al Banco en San Jacinto; en esa ocasión, circunstancialmente Juan tuvo que batirse a balazos y cayó mortalmente herido, lo recogimos y trasladamos a una de nuestras casas de seguridad, agonizaba y su recuerdo siempre estuvo en Mercedes, nos gritaba a pulmón partido sus deseos de vivir, de estar junto a ella en la proximidad de su muerte.

Juancho murío doce horas después y tuvimos que enterrarlo clandestinamente. Poco tiempo después abandoné aquel barrio lleno de recuerdos...

—Que bueno que hayan venido a acompañarnos— nos dijo Nelly.

Estuvimos dos horas en el velorio, el tiempo justo para dar nuestro pésame y hablar pausadamente de aquellos años que habían transcurrido. Nelly tuvo que retirarse porque había que atender las cosas del velorio y nos quedamos pensando profundamente en Mercedes... (un día habrá que decir estas cosas, pensábamos...) Todos hacían comentarios, unos a favor otros en contra de la grácil muchacha que fue...

Nos despedimos, después de habernos tomado unas copas de Espíritu de Caña. La vieja Nelly nos invitó para que regresáramos en otra ocasión a su casa. La taberna había desaparecido, entró en quiebra y tuvo que vender todos los calaches para no morirse de hambre, pero siempre vivía en la Plaza Ayala, que era —según nos refería—, el lugar donde tenía enterrado su ombligo. Nos fuimos con un nudo en la garganta, y al siguiente día le enviamos con el cipote de los periódicos, un ramillete de flores rojas que habíamos comprado en el Mercado Central...

Instrucciones para hacer chaparro

Para todos los consetudinarios amigos de "Baco" o mejor dicho del doctor Chichipate, chirindaga, el enamorado de este manualito, estratégicamente indispensable para esos días de fiesta.

A todos los Guazapones y Guazapines, quiero decirles que si piensan preparar su sabroso jaibolito es indispensable tener en cuenta lo siguiente:

Primeramente se prepara una culebra de cobre con una canoa de madera para el depósito de agua, ésta tiene la intención de enfriamiento teniendo el cuidado de recambiar el agua constantemente mientras dura todo el proceso de menjurge. El cocedor es un voladito de batidor que se pone en la boquiya del cantarito con chicha en fogón. El batidor se puede hacer con un chorumbo de tecomate que se conecta con el cántaro sellado mediante un hoyito, luego se mete la correya para que salga hacia la canoa.

—La mazacuata puede ser también de bronce.

—La chicha son dos medios de maíz más una de arroz, se ponen a nacer hasta que le brotan los cojoyitos, a los días está raiciadito, luego se saca y se pone dos días al sol hasta que esté sequito y tostadito. Después se martraja en una piladera y se mezcla el mapiz y el arroz, se machaca un atado de dulce y se deja el agua a nivel del raiciadito.

A las 24 horas se le quita nuevamente el agua cuando ya tiene saborcito de chupeta. Se le encarama otro atadito de dulce cuando esta borboyando, si se quiere

que se siga cociendo o se bota, media vez se sienta con fuercecita de esa vía dulce ya pueden sacarse dos botellas de lorocas, que por cierto echa un tufito de sobaco de diputado y se deja borboyando.

De 5 botellas de chaparrito puras salen dos y medio de alcohol, debés de tener en cuenta que al chaparrito también le llamamos cusuza o coyolito. Si en la pachanga una cipotona te ofrece la cusuza no te pongás nervioso, sencillamente da lo mismo chaparro o coyolito.

Cuando está en el fuego debe de llevársele la mano a fueguito lento, con una llama rebalsa y se puede incendiar; así con el fuego mansito comienza a chorrear después de una hora de cocimiento. En la canoa estamos cambiando el agua caliente por fría.

Al cocedor se le embrueca el voladito.

así ve?

así ve?

La charrita de la culebra se mete despacito en la churumbita y se le sampa fuego a la babosada hasta que veás que comienza a chorriar, siempre como te decía a fueguito manso.

Para catalizar el alcohol se agarra un algodón, se embroya en un palito y se moja, luego se priende y en breve lo apagás hasta que se le termine el sumito. Después se aprieta el algodón, si ves que está mojado todavía le falta una micerita, si no te queda humedad en el dedo quiere decir que ya está listo el alcohol 90.

¡Ah! y no olvidés que la culebra cuando calienta zurra.

Vocabulario

A la gran púchica: exclamación de admiración.
A puro huevo: a la fuerza, obligado.
A moronga: borracho.
Agua chirle: agua rala.
Agüita de chinto: secreción menstrual.
Añil: colorante natural.
Alguashte: molido de la semilla de ayote.
Atipujado: tragar, ingerir.

Batanecos: calzones.

Cachanflaca: tiradora.
Caimito: fruta.
Carito El Jiote: Cantón de Guazapa.
Cebadera: especie de alforja.
Cipote: niño.
Coico: coscorrón, golpe en la cabeza.
Coyolito: frutos de la palmera.
Cuche: tunco, cerdo.
Cuchumbo: recipiente.
Cuquita: asiento pequeño.
Cura Romero: Monseñor Romero, líder popular de la Iglesia de El Salvador.
Cusuco: armadillo.
Cuto: manco.
Cutuca: jícara.

Chaparro: destilado de chicha.
Chenga: tortilla grande de maíz.
Cherada: amigo.

Chicha: bebida fermentada de maíz.
Chiche: seno.
Chichipate: bolito callejero.
Chilipuca: frijol grande.
Chinchintora: culebra.
Chiquirines: especie de cigarra.
Chirindanga: borrachera.
Chorumbo: recipiente de jícara.
Chunchucuyo: trasero de pollo.
Chunche: objeto, cosa.
Chuncho petaca/Chunchungo: cargar en hombros.
Chuña: descalzo.
Chupeta: mamadera, biberón.

Desmolote: desorden

Embrueca: darle vuelta.

Ganchada: bofetada.
Guacal: recipiente de jícara.
Guarumo: arbol silvestre.
Guazapa: Cerro legendario del Departamento de San Salvador.
Guinda: huída.
Güiscoyolar: pequeña palmera con espinas.

Ixcanal:árbol de espinas.

Jodiendo: molestando.
Juilín: pescado de río.
Jutes: caracoles de río.

Kikapú: brebaje preparado por los estudiantes para los desfiles bufos.

Ladrón librado: juego de policías y ladrones.

Leche de burra: dulce popular.
Llantas: gordura.
Lorocas: locuaces.

Machaca: muele.
Mandarria: pene.
Maniado: atado.
Martraja: machaca.
Mazacuata: boa.
Medio: unidad de volumen de uso popular.
Menjurge: brebaje, mezcla, revoltijo.
Micerita: pequeña cantidad.
Milagro Ramírez, Lil: dirigente revolucionaria de El Salvador.

Nance Verde: Cantón de Guazapa.
Nísperos: frutos.
Nuegaditos: dulces de masa.

Pesetía: moneda.
Pispilea: pestañea.
Poleada: cocido de leche y masa de maíz.
Ponche: bebida con leche, huevos y aguardiente.
Presa de Cerrón Grande: embalso hidroeléctrico.
Punta de pirinola: punto del miembro masculino.
Pureques/Patecabro: cigarro manufacturado.
Putiada: insulto.

Sampa: mete.
Sosoroco: borracho.
Suchitlán: lago artificial del Departamento de Cuscatlán.

Tempate: árbol lechoso.
Tenguereche: lagartija pequeña.

Tigüilote: árbol común.
Trasmallo: red de pesca.
Turroncitos: dulce popular.

Volarse la chaqueta: masturbarse.

Indice

Editorial Sombrero Azul es un proyecto de la Asociación Salvadoreña de Trabajadores del Arte y la Cultura—ASTAC. Trabajamos en la construcción de una editorial que produce libros, paquines, afiches, etc. para todos los niveles de la sociedad salvadoreña. Algunos de nuestros títulos:

- ***Cuando el silencio golpea las campanas***
  poemas, cuentos y testimonios del I Certamen Alfonso Hernández
- ***Pequeño David: Confesiones desde el ánima de un fusil***
  poesía de Gerson Martínez
- ***Este lucero chiquito: Poesía y cuentos de la montaña***
  editado por Augusto Morel
- ***Ulalio por los senderos iluminados de la "U"***
  guiones de Narciso "Chicho" de la Cruz Mendoza
- ***El amor más común y corriente***
  poemas, cuentos y testimonios del II Certamen Alfonso Hernández
- ***Visiones alternativas sobre la transición***
  Fermán Cienfuegos, Mauricio Chávez, Norma Guevara, Francisco Jovel, Víctor Valle y Rubén Zamora
- ***Como salvadoreña que soy: Entrevistas con mujeres en la lucha***
  por Stefan Ueltzen
- ***Larga trenza de amor***
  poemas de Amada Libertad
- ***Octubre es el culpable***
  poemas cuentos y testimonios del III Certamen Alfonso Hernández
- ***Pasadas ya pasadas, vistas y contadas***
  cuentos por Ernesto Jobal Arrozales

Diálogo de las Germinaciones y otros cuentos

por Alfonso Hernández

Cuando Alfonso Hernández cayó en combate en 1988, las letras salvadoreñas perdieron una de sus mejores voces. A pesar de que el largo de su cuerpo literario queda inédito, él es reconocido como uno de los mejores escritores de su generación. En afán de rescatar su obra e imagen, la Editorial Sombrero Azul presenta esta colección de sus cuentos y cada año promueve un certamen literario que lleva su nombre.

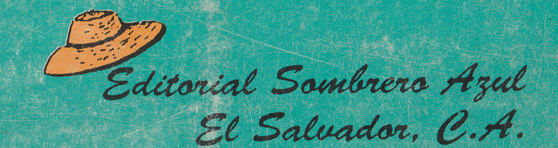
Qué se dice sobre ***Diálogo de las Germinaciones:***

"Su sentido de humor nos revela la genial jodedera contra el enemigo y que tiene el mismo sabor de los cuentos de cipotes, la misma picardía con que Salarrué y Roque nos retratan..."

— Mauricio Marquina

"Cuentos con el recuerdo andados y otros de pólvora encendida. Recuerdos que reflejan una niñez fragmentada por un ambiente hostil a la inocencia... Aquí los recuerdos tienen su geografía, sus lluvias, caminos y vientos... Narraciones de amor en medio de la guerra. Todo el humano amor conjugado en una sola tarea, en una visión franca y dolorosamente esperanzadora del futuro patrio".

— Reyes Gilberto Arévalo



Diálogo de las Germinaciones y otros cuentos Alfonso Hernández

Diálogo de las Germinaciones
y otros cuentos

Alfonso Hernández